El Primogénito
DE ALBURQUERQUE.

EL PRIMOGÉNITO
de
Alburquerque.

POR

DON GREGORIO PEREZ
DE MIRANDA.

TOMO I.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS. — OCTUBRE DE 1833.

PRÓLOGO.

Debemos suplicar al lector que no lleve á mal que empecemos esta novela dándole á conocer los principales personages de la corte del rey don Pedro, puesto que nos proponemos describir los verdaderos elementos de que se componia y daban ardiente pábulo á interminables discordias. Por supuesto que no fue don Pedro tan perverso como los cronistas lo pintan; pero tampoco procedió con la rectitud estremada que en sus acciones suponen los que, llevados de cierto odio contra la descendencia del conde de Trastamara, se esfuerzan en disculpar sus atropella-

mientos. Porque si bien es cierto que la aspereza de la reina y las maquiavélicas tramas de los bastardos lo aguijoneaban, exasperaban y endurecian, no deja por otra parte de serlo que habia ya cierta fórmula de juicio desde don Alfonso décimo, en fuerza de la cual debian castigarse los reos, y no á manera de encarnizado pasatiempo y por una simple indicacion á sayones, maceros y verdugos.

Partiendo de estos principios, y tirando como una línea imparcial entre las acusaciones de Ayala y las apologías del conde de la Roca y el licenciado Ledo del Pozo, consagraremos nuestra pluma á pintar la verdadera índole de aquel célebre monarca, no menos que el original carácter de las revueltas que distinguen su reinado. Pero si á pesar de los datos que nos hemos procurado, y de las

vigilias en tan ásperos estudios consumidas, no pudiésemos presentar un trabajo algo digno de la erudicion y cultura de nuestros lectores, les suplicamos que disculpen nuestra presuncion ó arrojo, en gracia siquiera del laudabilísimo objeto que nos ha obligado á cometerlo.

EL PRIMOGÉNITO

DE

Alburquerque.

CAPITULO I.

La noche de Pascua Florida.

Cuando era Sevilla capital de los dominios cristianos de España, contaba entre los muchos barrios el que llamaban de los judíos, cuyos opuestos estremos tocaban por un lado con la puerta del arenal, y por otro con el portillo del carbon. Rodeado de tapia bastante elevada, parecia formar una poblacion diferente, cual si en efecto no debiesen confundirse con el resto de la villa los habitantes de aquel marcado recinto. Cobraba mayor fuerza esta presuncion al notar que se entraba

en él por una sola puerta, que en el momento de que vamos á hablar permanecia cerrada, sin duda para poner á los israelitas á cubierto de las iras del pueblo católico durante las magestuosas preces de la semana santa, ó lo que se presenta como mas verosímil, para impedir que las profanasen, insultando á los adoradores del Mesías.

Todavia no era la media noche de la correspondiente al domingo de la Pascua de flores, y segun cierto uso, antiguamente establecido, los gitanescos marineros del barrio de Triana habian empleado el dia en pasear por las calles la desastrada efigie de Judas Iscariote, prodigándole á porfia insolencias y dicterios. Siguiérales con estrepitosa algazara todo el populacho de Sevilla tirándole piedras, atravesándolo con venablos, y aparejando dogales para anunciarle el vergonzoso fin que de mancomun le preparaban. Y despues de haber dado repetidas vueltas, y lanzádole cuantas inmundicias y arrojadizas armas pudieron, encamináronse por

último hácia el barrio de los judíos, que medrosos escuchaban aquel desencadenado tumulto, y plantando una horca de veinte codos ante la misma puerta que facilitaba la comunicacion en dias de paz, mandáronlo colgar en ella por la propia mano del verdugo, sin cesar en su alarmante vocerío mientras se verificaba la terrible ceremonia.

Este desagradable espectáculo debia permanecer en aquel sitio hasta que la campana solemne de la catedral de Sevilla, volteando rápida sobre sí misma, anunciase á los fieles los festivos cantos del general aleluya. Contemplábanlo los transeuntes con supersticioso terror, y describiendo largo círculo ante el suplicio, apartábanse del barrio judáico, al que no dejaban de arrojar una pasagera ojeada de mal reprimida cólera. Pero despues que las sombras de la noche confundieron todos aquellos objetos, superiores á tal temor, ó sobrado corrompidos para participar del comun celo contra la proscrita nacion judáica, deslizábanse dos jó-

venes con furtivo paso y muchísimo silencio por junto los mismos paredones de aquel inmundo cercado. Su ligero andar no producia el mas leve rumor; cortaban el aire con tal destreza que apenas silvaban sus capitas de seda, ni manifestaba azotarlo el suave movimiento de los plumages, lo que no impidió con todo que los olfatease alguno como á distancia de treinta pasos, puesto que con clarísimo y preventivo acento resueltamente gritóles:

— Andad con tiento, señores moriscos, ó vais á dar de hocicos contra el patíbulo de Judas.

— ¿Quién va allá?... preguntó uno de los dos jóvenes.

— Un pobre ciego que ahora sirve de atalaya nocturna, noble señora.

— ¿Nos tomarias en efecto por damas aventureras? dijo el caballero que aun no habia hablado.

— No tal respecto de vos, aunque sí tal en lo que toca al bulto que os acompaña. Pero voy á juntarme con vosotros, y á llevaros por buen sendero, de suerte

que ni caigais en la balsa ni tropeceis con el suplicio.

— Dígote, repuso el primer interlocutor robusteciendo la voz, que aqui no hay sayas castellanas ni batas hebreas... pero ¿por qué no tienes luz siendo atalaya nocturna?

— Apagómela ese maldito viento del Guadalquivir, y á fé que ó yo entiendo poco de achaques atmosféricos, ó debe de estar el cielo encapotado y sombrío. ¿Qué hora será?... paréceme no tardaremos en oir la media noche, momento que ansiosamente aguardan todos los glotones del pueblo, para despues de tan larga abstinencia recrearse en probar algo del cordero pascual.

— Déjate de eso, y llévanos hácia la iglesia mayor, que á mi parecer no ha de estar muy lejos.

— Muy bien, muy bien, replicó el ciego, que gustaba muchísimo de charlar, como sucede á los que carecen del sentido de la vista; digo que os he de encaminar de suerte que eviteis la horca y la

balsa, lo cual no es poco hallazgo para gentes que andaban ya por estos barrios desatentadas y perdidas.

Empezó á andar, y siguiéronle los dos jóvenes con absoluta confianza. Tal era sin embargo la senda en punto á tortuosa y dificil, que tropezaron á muy pocos pasos, aunque sin hacerse mas daño que el de una leve contusion en la pierna.

— ¡Miserable! esclamó echándole mano al báculo aquel de los dos jóvenes que habia hablado primero; ¿es esta la sagacidad que muestras en dirigirnos?

— Pues campad por vuestro respeto, respondió el ciego soltándose y alejándose rápido con singular instinto: bien podeis echar mano á las dagas, que maldito si las temo como me ayuden las piernas.

— No se trata de dagas, buen hombre; llégate sin recelo, y vuelve á encaminarnos por ese nocturno laberinto.

— ¿Y tan torpe me haceis de oido que no percibiera el sonido de las hojas?...

En tanto que esto decia, hablaban los

dos jóvenes entre sí con singular vehemencia. — Indiscreto sois, amigo, y nada reprimen vuestro carácter las circunstancias mas críticas.

— Vive Dios, Martin, que solo tú tienes la culpa. ¿No me dijistes que sabias el camino?

— Pero resistíame en hora tan desusada á la audaz tentativa de correrlo.

— ¡Maldito sea el ciego, y la perra necesidad de valernos de su auxilio!

— No hay que desesperarse; andar con tiento, que mucho será no acertemos con la senda al revolver de esa esquina.

— ¡Qué es acertar, hombre! aunque vayamos discurriendo toda la noche como dos trotaconventos.

— Con todo eso, servíos darme la mano... pero ¿en qué la teneis ocupada?

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah!... en la capa de ese bárbaro...

— ¡Oh! pues hay eso no tardará en volver por ella.

Apenas acababa de decirlo, cuando

oyeron á sus espaldas una estrepitosa risotada.

— Paréceme que adivino el intríngulis de ese negocio, interrumpió el ciego sin reprimir la risa: dos muchachos todavia barbilindos, apenas salidos del cascaron, que han querido ver el mundo burlando la vigilancia de algun hidalgo vejete. Ya se ve; á fuerza de espadachines quisieran matarlo y atropellarlo todo...

— Pero ya conoces tú que fue una chanza. Ea, toma tu capa, y condúcenos hasta la iglesia mayor, para donde te prometo un par de cornados.

— ¿Y quién me sale garante de que mi señor don Pedro ha de cumplir su palabra?

— ¡Oiga! ¿Quién le ha enterado al motilon de que tal fuese mi nombre?

— Nadie mas que don Martin, vuestro noble compañero.

— ¿Luego estuvistes al paño oyendo el coloquio?

— No, sino desde algo lejos, porque á falta de vista háme dado el cielo sutilísi-

mos oidos. Pero venga acá mi capa, y seguid uno trás de otro mis huellas, seguros de que os he de llevar á buen puerto por la recompensa ofrecida. Ea, con tiento y á la buena de Dios, señores estudiantes.

— Por San Pedro de Alburquerque, dijo don Martin andando detrás del ciego, que por jactarte de oido tan perspicaz nos bautizastes en breve con calificaciones bien diversas sin dar en el item de la dificultad. ¿De dónde nos tomastes por moros?

— Como que andan muchos por Sevilla de los que hace el rey Alfonso prisioneros ante los muros de Gibraltar, hidalgos todos á la manera de su pais, ya sueltos y libres por haber satisfecho sus rescates, nada de estraño tiene que de pronto os supusiera alguno de ellos. Y los pobres tardarán en volver á sus hogares, puesto que el demonio de la peste hace estragos en Granada.

— ¿Qué dices?...

— Y no solo en Granada, sino en el campo de Gibraltar tambien...

— Habladurías, amigo ciego: si tal

hubiese no dejariamos de saberlo. Pero volviendo á nuestra duda, ¿qué es lo que hallastes de comun entre nosotros y los rescatados de Algeciras?

— El blando crugimiento de las sedas, pues los únicos son que las usan desde que marcharon todos los hidalgos de Sevilla para brillar en las haces del rey Alfonso. Al principio parecióme almibarado acento de dama la vocecita de don Pedro, convencíme despues que era varon, y como por la ignorancia de las calles os he de suponer estrangeros, inclínome á que seais estudiantes de distinguidas familias.

— ¡Voto al infierno que si fuera verdad lo que nos dice ese pechero, temiera con harta razon por los dias de mi padre! dijo don Martin.

— ¡Ojalá se lleve al mio, esclamó don Pedro, con la cuadrilla perruna de los bastardos por añadidura!

— Por aqui, por aqui, gritóles el ciego metiéndose dentro de un callejon arabesco: ya nos hallamos como á doscientos pasos de la iglesia.

Lanzáronse tras de él, y no tardaron en llegar á la plaza de la catedral. Ofrecia aquel sitio singular contraste con las calles revueltas y sombrías que acababan de correr. Como al dar la media noche empezaban las horas del solemne dia de la Pascua, veíanse en aquel círculo muchos puestos de carne convidando con su limpieza y frescura á los que por el largo término de cuarenta dias se habian privado de ella. Mesas de dulces y de sabrosas frutas alternando con ellos servian de irresistible tentacion á los que dejaban desde aquel momento la aspereza del ayuno, al paso que otras de frescas aguas de limon y de naranja, igualmente brindaban al deleite y al regalo. Entre las diversas gentes que concurrian á la algazara de aquel mercado nocturno, distinguíanse curiosos peregrinos y diestros trobadores, prontos aquellos á referir los singulares lances de sus interminables romerías, y á cantar estos al son del harpa dulces y sabresísimas trobas. En medio del rumor, producido por el inmenso concurso, oían-

se las cantinelas de los que vendian, las carcajadas de listos y festivos pages, y el robusto son de las campanas, que no cesaban en sus jubilosos volteos. Precedidas de esclavos, llevando hachas de viento, acompañadas de nobles comendadores ú otros respetables caballeros, admirábanse las discretísimas beldades de Andalucía luciendo pomposas galas, coronado el blanco seno de frescas y aromáticas flores. Reconocíanse muchas de ellas al claro reflejo de tantas luces, felicitándose mútuamente con la alegre espresion de *buenas pascuas* acompañada de galan saludo y amabilísimas sonrisas. Y si bien era agradable aquel jovial movimiento despues de tantos dias pasados en el mustio sosiego de recogidas penitencias, no poco contribuía á embellecerlo el grato perfume de los azahares y el suave aroma de las rosas, anunciando á las ninfas del fabuloso Bétis la risueña primavera. Completaban este magnífico cuadro las arabescas lámparas que se veían brillar al través de los portales por entre las susurrantes hojas

de los naranjos, que adornaban los patios interiores de las habitaciones sevillanas. El amoroso son de guitarras, panderetas y albogues daba idea de la sincera alegría de sus dueños, y como el suspirado aleluya, anunciado súbitamente á las gentes por el sonoro metal de cien campanas, iba produciendo maravilloso efecto en el ánimo de cuantos fieles encerraba aquella gran ciudad no menos voluptuosa que opulenta.

— Por vida mia, esclamó don Pedro, que hemos dado con personas que no se acuerdan siquiera del sitio de Gibraltar.

— ¿Que no se acuerdan, señor estudiante?... ignorais por cierto que muchos de esos mercaderes y comendadores de cara tan pacífica y risueña estan deseando ni mas ni menos que vos víctimas para la peste.

— ¡Pluguiese al cielo se dirigiesen sus votos contra los infantes bastardos y la pua de su madre!

— ¡No he dicho tal, ni tuve tenta-

cion semejante! esclamó el ciego con cierta especie de recelo.

— Lo siento, amigo, pues estaba tentado de regalar tu caritativo deseo con diez cornados por lo menos.

— Nada me importa, replicó en alta voz: todo el mundo sabe cuánto respeto me inspira doña Leonor de Guzman, la noble dueña... ¡llévese el diablo la barragana! añadió al propio tiempo al oido de don Pedro con sutilísima viveza. — Y no menos veneracion profeso á sus ilustres vástagos el conde de Trastamara y el gran maestre de Santiago... ¡en tal horca los vea yo, ni mas ni menos, que al Judas de esta mañana! repitió nuevamente aproximándose al oido de don Pedro, que con irónica risa aplaudia sus blasfemias. — Por lo demas, nobles estudiantes, continuó en el tono ordinario, hacedme merced de los diez cornados que me prometisteis como no tengais ya necesidad de mis servicios.

— Págaselos, Martin: el hombre los ha ganado con el sudor de su rostro.

— ¿Y cómo quereis que se los pague? respondió Martin en voz baja con un movimiento de despecho.

— Verdad es, replicó el otro dando una patada; hé aqui otra razon para maldecir á los pícaros que en tal miseria nos meten.

— ¿Y mis diez cornados, señores?

— Toma esa cruz en prenda; respondió don Pedro arrancándola de una cadena de oro que le colgaba sobre el pecho.

— ¡Gran merced, gran merced! dijo el ciego, despues de asegurarse por el tacto que la alhaja valia infinitamente mas que sus créditos. Puesto que tan garbosos os mostrais con un pobre diablo, aqui me teneis á vuestras órdenes para acompañaros á cualquiera casa donde se pase alegremente la noche. A mano derecha vive la Gitana, y cosa de trescientos pasos la Cantarilla, esa picaruela recien llegada de Toledo, que alborota los cascos á todos los perfumados caballeritos de la corte.

— ¿Y dónde dices que se eleva el palacio de tan peregrina hermosura?

— En la revuelta del candilejo, señor estudiante.

— Precisamente tenemos que andar por esos barrios, como que deseamos ver y consultar ciertos negocios con Maese-Paolo, el médico veneciano.

— Hombre á quien conozco muchísimo, y cuya casa os voy á mostrar en un momento.

— ¿Sin que te olvides de enseñarme al paso la que con su belleza adorna la Cantarilla?

— Por supuesto, señor galan: nadie podrá acusar de ingratitud al ciego Matías.

CAPITULO II.

Fez-Albaiar.

Echaron á andar nuevamente tras del ciego, que se iba abriendo paso á merced de su garrote y de la compasion que escitaban sus lastimosos clamores. En breve salieron del bullicioso torbellino descrito en el capítulo anterior, y se hallaron por calles absolutamente desiertas, en las que podian apretar el paso á todo su talante. Al atravesar cierta plazuela vieron una gran comparsa de músicos que cantaba dulcísimos versos á unas damas asomadas en laboreados miradores. Al reflejo de las hachas de viento que alumbraban á los hijos de Apolo, advertíase la belleza que las recomendaba, no menos que las galas de su trage y el culto donaire de sus personas. Una sobre todo, algo morenita, pero graciosísima y donosa, llamó la atencion de don Pedro, que-

dándose al mirarla poco menos que estasiado. Su vestido era mas sencillo que el de las demas, dejando percibir los delicados contornos de su elegante y flexible cuerpo. Caíanle en sueltos bucles los finísimos cabellos, negros, lustrosos como el ébano, y formando sutil velo por sus hombros. Al tiempo que con ardientes ojos contemplábala el hidalgo, asomábase al antepecho del mirador, y decia á la comparsa de copleros que les agradecia el obsequio, pero que la hiciesen merced de tributarlo ó otra dama. Y el metal de voz con que les hizo esta súplica era tan insinuante y sonoro, tan lleno de cortesía y finura, que acabó de dar al traste con la escasa razon que dejáran sus gracias al enamorado mancebo.

— ¿Sabrías decirme quién vive en aquella casa? preguntó á su guia.

— ¿Por la que festejan los músicos direis?...

— Por esa digo...

— ¿Desde dónde les ha hablado cierta señorita?

— Hombre, sí, la misma...

— La habita don Alfonso Fernandez Coronel... y sin duda dirigíase la música á las peregrinas gracias de su hija la bella Aldonza.

— ¿La propia supongo que acaba de despedir la comparsa?

— Y de arrojarle un bolson que ha sonado agradablemente en mis oidos.

— ¡Admirable, divina, celestial doncella! esclamaba don Pedro... nunca deslumbró mis ojos tan pura y soberana vision. Pero dime, querido ciego, ¿cómo se llama la que de rubio aspecto, alta estatura y magestuoso porte descuella con afligido semblante al lado de doña Aldonza?

— Doña Juana de Castro, la hermana de esa famosa Inés, por quien anda perdido de amores el infante de Portugal á despecho de su padre.

— ¡Ah!... si tuviese la suerte de fijar un leve momento la vista en los brillantes ojos de mi morena, yo te aseguro que nunca mas se acordára de la Inesilla. Pe-

ro marchárónse, cerraron el mirador, desfilan los músicos en busca de otras galerías, y desapareció en un momento la felicidad que me hizo sentir su angelical presencia. Dime, dime por tu vida qué pesar es el que la tiene tan lánguida y melancólica.

— Arcanos son, señor mio, que no los alcanzan los pobres, aunque supongo que ha de motivar su tristeza la peste del campo cristiano.

— ¿Porque sin duda campeará en él su caballero?

— Ó por lo menos sus hermanos don Alvaro y don Fernando.

— Eso sí, esclamó don Pedro respirando con mas libertad, aunque no es creible que tan linda jóven deje de tener quien rompa lanzas en su obsequio.

— Por supuesto; y si no son falsas las voces que entre la plebe circundan...

— Acaba...

— El gallardo don Fadrique, señor de Dueñas, gran maestre de Santiago...

— ¡Pícaro! ¿no te avergüenzas de

presumir que esa hermosísima Aldonza profese cariño á un bastardo?

— Pero bastardo de un rey, y sin que le quite pasar por el mas fino, el mas galan y amable caballero...

— Echa un nudo á esa lengua, parlanchin, díjole don Pedro cual si quisiese descargarle una puñada.

El ciego, olfateando la cólera del quisquilloso mancebo, habíase ya colocado á razonable distancia, y púsose á caminar de nuevo para enseñarles la casa del médico de Venecia. Seguíanle como siempre los dos jóvenes, y mientras parecia don Martin abismado en serias meditaciones, daba el otro riendas á su enojo vomitando injurias contra Leonor de Guzman y los bastardos. En vano advertíale el ciego los riesgos á que le esponia su imprudencia, pues no hacia caso de estos avisos, y continuaba con igual desenfado vertiendo dicterios y amenazas contra la dama favorita del rey Alfonso. Llegaban en esto á cierto sitio en que formaba la misma calle una especie de plazuela, y es-

tendiendo el ciego al pasar la diestra mano, enseñóles con admirable instinto la casa de la Cantarilla.

— Mejor seria, replicó mal humorado don Martin, que tuvieses mas cuenta en guiarnos á la de Maese-Paolo.

— Pues avisad al compañero, que, segun parece, se ha detenido delante de la Cantarilla al efecto de reconocer las avenidas. Por vida mia que es inútil tal atencion para marcar bien la casa: basta la fragancia de los jazmines que forman frondoso pabellon en su ventana morisca.

— ¿Y me aseguras, dijo á la sazon don Pedro, que la muchacha es digna de los obsequios de un hidalgo?

— Mucho mas fresca que esas flores tan aromáticas de su morada, mas alegre al corazon que el dulce canto de nuestros joviales galeotes. Pero alto, que ya llegamos á la madriguera de Maese-Paolo, hombre docto por demas, y segun mis camaradas propalan versado en las brujerías de la cábala.

Asi diciendo, llamó repetidas veces á

la puerta hasta que se asomó una vieja por una especie de agujero que sin duda servia de claraboya á la escalera de ojo que tenia la casa. Preguntó quiénes eran y qué negocios traían, pero habiendo conocido al ciego, y enterada por él de que conducia dos hidalgos deseosos de consultar con el doctor ciertas dolencias, abrióles é hízoles subir á una estancia cómodamente espaciosa. Como la casa carecia de patio esterior y era sumamente humilde la escalera, causó notable sorpresa á nuestros jóvenes verse en un aposento adornado con pérsicas alfombras, al cual alumbraban de noche dos soberbias lámparas de alabastro, y las luces durante el dia de cierto jardin contiguo. Solo mediaba entre sus floridos cenadores y la pieza de que hablamos una galería arabesca, cuyas delgadas columnas sostenian al parecer arcos sumamente notables por su primorosa gallardía. Advertíase en medio de la pieza una gran mesa llena de manuscritos é instrumentos mágicos, propios en aquella época remota para inspirar ter-

ror á los crédulos, y en torno de las paredes grandes almohadones para que al estilo musulman se acomodasen las gentes.

— Por vida mia, dijo don Pedro en cuanto hubo salido la dueña, que si el amigo Cabeza de Vaca averigua que me falta la cruz de esta cadena tenemos hocico para largos dias.

— Contábame cabalmente ayer mismo que se la dió Maese-Paolo despues de haberla hecho bendecir en Aviñon por el Sumo Pontífice.

— Me importa un bledo, amigo Martin; no perece sino que desde que me la eché al cuello se hayan agolpado sobre mí toda clase de desdichas.

— Pero ninguna iguala á la que afrentó esta mañana las canas de su antiguo dueño.

— ¿Y acuérdaste todavia de aquel bofeton tan recio y oportunamente aplicado?

— Me acuerdo, porque no es de pecho hidalgo ajar en tales términos á un pobre anciano, á un honrado caballero.

— Pero déspota por demas, y precia-

do de sí mismo, que en todo se mete, y nada le parece sano como no lo toquen sus dedos.

Entraba á la sazon Maese-Paolo con aire respetuoso y reverencias profundas, porque las capas de seda y los brillantes penachos indicaban á tiro de ballesta distinguida cuna y prodigalidad espléndida.

— Es preciso, díjole don Pedro interrumpiendo sus genuflexiones, que aviseis inmediatamente al granadino Fez-Alhamar á fin de que ponga en movimiento los arcanos de su ciencia.

— Ha venido únicamente para entender en el rescate de los de su nacion.

— Está bien, mas no por eso le dejei de anunciar nuestra llegada.

— Es que está descansando en su estancia desde que se puso el sol...

— Replico que le aviseis...

Y sobrecogido el médico del tono de autoridad con que le repetian tal orden, hizo nuevo acatamiento, y metióse en lo interior del edificio.

— Vuelvo á decirte, prosiguió don

Pedro al quedarse á solas con su amigo, que el viejo Cabeza de Vaca es hombre para mí indigesto si los hay. Tu mismo padre el señor de Alburquerque, que tanto derecho tiene, como ayo nombrado por el mio, á tratarme con alguna severidad, se me manifiesta mucho mas complaciente que ese demonio de Ruy-Diaz, vigésimo nieto del Campeador.

— Pero mas digna de elogio es su ruda franqueza, que de los grandes la adúladora lisonja.

— ¡Lisonjas!... ¡cuando me dejan sin un par de alfonsis con que gratificar á un ciego que me sirve de lazarillo! Hasta mi madre me tiene careciendo de todo, cosa tanto mas irritante cuanto que su escudero Gonzalo-Gomez, sin otros méritos que su estatura colosal y su agradable presencia, no carece de ningun regalo. ¡Ah! ¡Cuándo lucirá ese dia de apetecidas venganzas en que manifieste al mundo hasta dónde alcanzan los brios de mi carácter y el recuerdo de los pocos que como tú me favorecieron! Pero oigo

crugir la luenga bata del moro, y acaso lograremos de su labio alguna luz acerca de este arcano.

No tardó á presentarse Fez-Alhamar, previniendo desde luego en favor suyo la elevacion de su talla y la magnificencia de sus holgadas vestiduras. Su edad no pasaba de los cincuenta, y su rostro, al propio tiempo que vivaz y enérgico, estaba revestido de cierta magestad y decoro. Levantáronse al verlo los dos jóvenes por un natural impulso de veneracion á su saber, pero despues que hubieron vuelto á sentarse, dirigióle don Pedro la palabra en estos términos:

— Sabio señor: mucho he oido hablar de vuestra ciencia á cierto caballero que os ha conocido en Granada. No dudo por consiguiente de que sea justa la universal reputacion que mereceis, aunque no puedo menos de deciros que os desafio á que me digais quién soy.

— ¡Quién sois!... ¿y quereis que yo os lo diga, cuando ni vos podeis decirlo?

— No me querais deslumbrar con

cláusulas de pedagogo, indignas de un infiel que sabe tanto.

— Pues vuelvo á aseguraros, señor hidalgo, que no sabeis en este momento lo que sois; ó si lo quereis de otro modo, que no sois lo que creeis.

— Dejémonos de equívocos y retrucanos, y echad una ojeada á esa mano á ver si traslucis por sus líneas algo del destino que me espera.

— Escelente arbitrio para los gitanos y los impostores de occidente, no para los que nos limitamos á estudiar las pasiones de los hombres en las líneas con que el cielo marca sus varias fisonomías. Partiendo de este principio, no me jactaré de vaticinar á los que me consulten los acaecimientos en que deben tropezar, aunque sí darles una idea de su índole, y asegurarles el odio ó la proteccion del Altísimo, segun la docilidad con que se presten á mis consejos.

— ¿De manera que toda vuestra sabiduría no sirve de mas que de olfatear los vicios de la juventud, y echarla un

largo sermon para que se aparte de ellos?... Os aseguro que el caballero que os ha conocido en Granada sabe tanto de eso como vos y como cualquiera otro.

— Y aun si vale decir verdad, se lo echasteis ayer mismo en cara con insoportable dureza...

— ¿Quién os lo ha dicho?...

— Y no paró en esto vuestra desatenta cólera, sino que descargasteis la mano en su venerable rostro, armada con esa propia cadena que ahora os adorna el pecho.

— ¡Cómo! replicó don Pedro revolviendo los ojos y encarándose con su amigo; nadie mas que tú ha presenciado tal escena...

— Y si considerais, observó don Martin no menos sorprendido, que no os he abandonado un solo instante, y que el caballero sobre quien recayó la ofensa lo dejamos en secreto coloquio con vuestra madre, no podreis menos de convenir en que aqui hay una inteligencia superior á nuestros alcances. Ademas, Fez-Alhamar,

segun dijo Maese-Paolo, estaba descansando en su lecho desde los postreros rayos del dia...

— Lecho que no he dejado, interrumpió el astrólogo, hasta que me participaron vuestro empeño...

— ¡Luego es indudable, esclamó don Pedro, que teneis inteligencia secreta con las potencias del abismo!...

Levantáronse medio asombrados los dos caballeros, pero habiéndoles insinuado el moro que no se moviesen por medio de grave é imperioso gesto, volvieron á ocupar no sin cierto terror involuntario sus asientos. Acercábase don Pedro á su amigo don Martin, que si bien sobrecogido y dudoso, no tanto manifestaba inquietud débil como cierta curiosidad y desasosiego varonil. Al mismo tiempo cubríanse de sombría nube los imponentes rasgos de Alhamar: juntábanse sus pobladas cejas, brillaban con estraordinaria lumbre sus africanos ojos, y fijándolos en ambos jóvenes ni mas ni menos que el águila audaz en la fascinada presa, aterraba

al pusilánime don Pedro, y producia enojo mezclado de asombro en el pecho impávido de su amigo.

— Ya he leido, gritó al fin encarándose al primero con voz denodada y recia, lo que pasa en lo íntimo de vuestro espíritu... en vano presentais á mi penetrante vista esos rasgos tan delicados como bellos, esos ojos azules que me indicaron al pronto alma compasiva y tierna... ni tales perfecciones, ni las que brillan en esa cándida frente y en la magestad de toda vuestra persona han bastado á deslumbrarme, han impedido que alcance el orgullo de vuestro pecho, la ambicion que os devora, las cínicas pasiones, en fin, que envilecen tantas gracias. Si no moderais el ímpetu desenfrenado de vuestros deseos, si persistis en mantener ardientes los vicios cuanto helado é insensible el corazon, ellos han de reventar como un volcan, y acabar con vuestra propia existencia...

— ¡Qué decís!... esclamó el jóven fijando unos ojos desencajados en el semblante misterioso del astrólogo.

— Que como no deis de mano á las perversas inclinaciones que emponzoñan vuestro espíritu...

— Basta, interrumpió colérico don Martin; confiasteis sobrado en la fama de vuestra sabia reputacion y en el infernal prestigio de vuestras artes, siendo asi que solo apreciaremos aquella segun la medida y el decoro de vuestras voces, y daremos á estas algun valor segun el carácter mas ó menos noble del mortal que las profesa. ¿Cómo es posible que no hayais traslucido en mi rostro la firme resolucion de nunca permitir que ultragen á mi amigo?

— ¡Tu rostro!... no es la belleza que lo adorna tan halagüeña y delicada como la del hidalgo que defiendes; pero atrae por su carácter heróico, y por los raptos de un alma no menos generosa que dispuesta á enarbolar las banderas de su rey en Aragon y en Granada.

— Permitid os diga que no me parecen mas justas esas alabanzas que los dicterios que á mi ilustre compañero prodigasteis...

— ¿Y por qué no han de ser justas?... interrumpió don Pedro con mal disimulada amargura; ¿por qué no han de serlo, puesto que siento de contínuo ensalzar tus méritos á costa de los elogios que se deben á mi gerarquía? Y no menos fácil el buen astrólogo que los demas, recréase en pintarte como un modelo de virtudes, al paso que me presenta ni mas ni menos que un pícaro manchado de crímenes.

— No como un pícaro ya encenegado en ellos, sino como un hombre inclinado á cometerlos, que debe moderar con sumo arte el ímpetu de sus crecientes pasiones.

— Digo que sois injusto ademas en ese atropellado juicio, repuso el jóven brotando de sus ojos una lágrima de despecho; y que no es depravada mi índole, sino que se deleitan en ostigarme y contradecirme. Las gentes no me hacen caso, replícanme con insolencia los criados, me persiguen de muerte los parientes...

— Pues os aseguro que nunca ha sido amenazada vuestra vida, y que lo será mucho menos desde hoy.

— ¿Es cierto?... ¿Hablais de veras? preguntó respirando con mas libertad.

— Las desgracias de que os lamentais van en breve á tener fin.

— ¿Y es ese con seriedad vuestro vaticinio? volvió á preguntar chispeándole de alegría los ojos en que brilló poco antes un vengativo despecho.

— Solo de vos desde hoy depende la felicidad ó la desgracia de vuestra vida. Como concedais la confianza á un hombre recto, á un amigo imparcial que prósperamente os guie por el tortuoso laberinto...

— Acabemos, Fez-Alhamar; ¿cuál es la mudanza que vuestras palabras me anuncian?

— La que puede seros harto funesta si careceis de quien sabiamente os dirija.

— Esto no es satisfacer mi curiosidad...

— Infeliz de vos como no deis oidos

á las insinuaciones de hombres bien intencionados y discretos...

— ¿Y sin duda, interrumpió don Pedro con sardónica sonrisa, no puede ser otro que el célebre Fez-Alhamar ese modelo de privados, ese dechado de amigos, ese rarísimo fénix de los consejeros?

Al eco de semejante insulto no pudo ocultar el árabe un súbito movimiento de enojo; pero reprimiéndose al instante, soltó nuevamente la voz con aparente calma á estas razones.

— ¿Qué otro interés que el del triunfo de la justicia mover á un musulman pudiera para inspirar á un cristiano sentimientos de virtud, ni qué otro principio que el de la eterna verdad me infundiria el noble estímulo de desarraigar de vuestro pecho un desnaturalizado rencor?

— ¡Desarraigarlo! gritó don Pedro rechinando los dientes... ¡ah! jamas perdonaré á mis enemigos... ¡recrearéme en perseguirlos hasta la muerte!...

— Pues bien, replicó el árabe con

voz de trueno; la venganza llama venganza, y entre la misma sangre que bárbaramente viertas confundiráse la tuya...

— ¡La mia!... ¿no me dijisteis hace poco que no corria peligro alguno?

— Remueve las calientes cenizas del volcan, continuó el moro aun con mas vehemencia, incendia la petrificada lava que lo circunda, y verás un rio de fuego bajando tortuoso desde la cumbre, atropellándolo todo, y metiendo desolacion y espanto en estos reinos. Caerá el hermano atravesado por la lanza del hermano, el amigo bajo la cimitarra del amigo...

— En hora buena, atajóle el mozo devorado de un rabioso frenesí; caigan, perezcan, arruínese todo, como vea primero á los bastardos luchando con las últimas agonías...

— ¡Los bastardos! repitió el astrólogo súbitamente calmándose: ¿con que aludiais á los bastardos?

— En efecto; ¿é ignorábaslo á pesar de tu decantada ciencia?...

Esta confirmacion acabó de apaciguar al astrólogo, en cuyo rostro ya solamente se notaba algun resto de la agitacion primera.

— ¿Y habeis resuelto haceros reo de un execrable perjurio?

— ¿Qué perjurio?

— ¿No jurásteis ante vuestro padre amar y proteger á los bastardos despues de su muerte?

— Y aun cuando asi fuese, y no se haya ocultado semejante escena á tus artes, en nada estimo el juramento, porque no lo hice sobre el relicario que tengo en particular veneracion, y que ahora me proteje contra tus diabólicos conjuros.

— ¿Y los juramentos que pronunciais en su nombre, son para vos eternamente sagrados?

— Como que nunca se dirá que haya cometido la irreverencia y la maldad de faltar á ellos.

— Pues oid mi vaticinio, ó jóven...

— Habla, moro, interrumpió don Pedro arrimándose á su amigo...

— Y nunca olvideis por vuestra propia salud que solo se encierra en mis palabras la mas desnuda verdad. Si violais algun dia cualquiera juramento pronunciado sobre ese particular objeto de vuestro culto, sereis castigado por el cielo con muerte violenta y súbita...

— ¡Ah!...

— ¡Silencio!... mis ojos penetran por el denso velo de lo futuro, un férvido entusiasmo arrebata mi mente á los siglos venideros, ábreme el ángel de la muerte el misterioso libro donde se lee con diamantinos caractéres el destino de los hombres, y paréceme divisar por un lado las opulentas galeras de Aragon y por otro los turbantes de Granada. Largo rumor, sordo y repentino tumulto se percibe por las costas berberiscas... todos á la par revuelven contra el trono de Sevilla, anúnciante destruccion, deséanle cobarde ruina y...

— ¡Cesa! esclamó don Martin viendo que al eco de estas voces pronunciadas por un hombre, al parecer inspira-

do, y que habiéndose puesto en pie semejábase al tétrico reflejo de aquellas lámparas un genio vomitado del abismo; enflaquecíase el valor de don Pedro de suerte que pálido y desencajado hubo de apoyarse en los hombros de su amigo. Reparólo tambien el árabe, y cortando en el mismo instante su discurso, arrojóle significativa mirada de desprecio.

— Cesaré, dijo al fin con reposado acento: ¿quién habia de figurarse que viniese á consultar á un mago tan tímida mugercilla?... no importa... el tiempo revelará la verdad de mis predicciones: ó ese hombre corta desde su juventud temprana las venenosas pasiones que lo inflaman, ó atrae sobre su privilegiada testa el rayo de la cristiandad y las lanzas de marruecos. Y no atribuyais á impostura los vaticinios de la ciencia: cuando caen los tronos y se vengan los magnates y descienden de ásperas sierras hordas impetuosas y salvages, mudos yaceis de asombro porque solo contemplais en el orbe acaecimientos á un azar debidos, y efec-

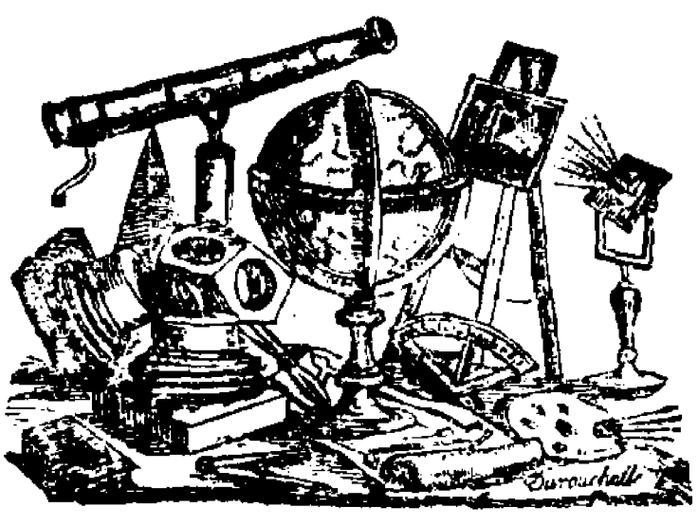
tos sin causa, y consecuencias sin antecedentes. Vivís como el árbol que vejeta, vejetais como la piedra que existe, existís sin curaros de disipar las obscuras nieblas que os rodean, y riendoos de esa mágica influencia de los astros que eleva y abate los imperios, y puebla y despuebla á su antojo los desiertos áridos y las apacibles riberas...

Atajaron repetidos golpes réciamente aplicados á la puerta estos sublimes razonamientos del astrólogo, no menos que cierto marcial rumor producido por la tumultuosa concurrencia de los caballos y cautivos que formaban su soberbia comitiva.

— Hé aqui, esclamó, el momento de mi partida: alienta á ese amigo tuyo, noble don Martin, haz que resuenen mis palabras en su corazon, y que no crea que me he deleitado en irritarle cuando me interesaba en instruirle. Llámame el monarca granadino, porque la espada del ángel de la muerte acaba de herir á sus pueblos... Tambien tocó con ella el

ensoberbecido campo de los cristianos, y en cuanto despunte la aurora sabreis cuál ha sido una de sus primeras víctimas.

Dijo, y saliendo Maese-Paolo á su encuentro, saludó gravemente á entrambos jóvenes, y desapareció de la estancia.



CAPITULO III.

Los riesgos que corre un galan de media noche.

Un singular acaecimiento cambiaba efectivamente el aspecto político de los negocios de Castilla. A pesar de los saludables avisos de los capitanes, empeñárase Alfonso el onceno en mantenerse firme ante Gibraltar, hasta que en fuerza de tal obstinacion introdújose la peste en su vastísimo campo. Veíanse flotar por encima de las numerosas tiendas que lo componian los orgullosos pendones de Laras, Cerdas y Manriques, no menos que los que alzaban ínclitas mesnadas estrangeras. Cruzaban en todas direcciones caballeros armados de punta en blanco, soldados arrastrando máquinas guerreras, y tambien varoniles damas montadas en brillantes palafrenes. Pero la tienda mas curiosa por su primor y riqueza era la que

habitaba doña Leonor de Guzman, dama favorita del rey don Alfonso y madre de los infantes bastardos don Fadrique, don Tello y don Enrique el conde de Trastamara. Y en tanto que vivia el rey amorosamente preso en los alhagos de la bella y artificiosa Guzman, pasaba su legítima esposa la reina doña María fastidiosos dias lejos de la corte con su hijo don Pedro, único heredero de la corona castellana. Lamentaban los buenos este abandono, causa futura de rivalidades y discordias; pero era tan denodado capitan el undécimo Alfonso, tan decidido á marchar contra los infieles del reino, que disimulábanle semejante flaqueza, y aun adulábanle á veces tributando honores y aplausos á la beldad protegida.

En esto comunícase la peste al campo de la cruz, y empieza á reinar la consternacion y el desaliento donde se hacia poco antes alarde de *ínclito esfuerzo* y de esplendoroso triunfo. Los capitanes, la dama favorita, los infantes bastardos y cuantos caballeros de nota ennoblecian el

ejército, corrieron en tropel á las tiendas de Alfonso, conjurándole para que se pusiese en salvo de tan desgraciado azote. Agradecióles el monarca aquellas demostraciones de sincero interés, pero creyendo que su ausencia habia de enflaquecer los ánimos, negóse resueltamente á sus repetidas instancias.

— Antes que todo, decíales, debo mirar por el honor de la cruz y la salvacion de mis pueblos. ¿Qué se diria en el orbe cristiano si acobardados por el amago de una enfermedad pestilente levantásemos el sitio? No solo consiste el valor en arrostrar con pecho impávido las lanzas de los infieles, sino en menospreciar tambien cuantas calamidades trae consigo la laudable pertinacia de arrojarlos de mis reinos.

En valde opusiéronse razones á estas razones, en valde las lágrimas de Leonor regaron sus ilustres plantas; el héroe mantúvose firme, y tomando la espada y arrojándola desde su tienda con pujante diestra, juró no salir del término que ella

marcaba antes que ondeasen sus pendones en las torres de la musulmana villa. Mudos de terror y asombro, inquietos por la vida de su natural señor, cuanto íntimamente convencidos de que no habria poder humano que le hiciese desistir de resolucion tan heróica, inclinaron aquellos ilustres gefes sus laureadas frentes, y fuéronse á los diversos cuarteles del campamento para atender á los enfermos y prepararse al asalto. Dentro de pocos dias cundió el aciago rumor de que el rey habia sido víctima de la enfermedad: voz al principio de las que se atribuyen á la malevolencia ó á la ociosidad, pero que insensiblemente fue tomando cuerpo á pesar de que nada indicaba en la real tienda tan desastrosa catástrofe. Ocultábalo en efecto doña Leonor de Guzman con los grandes de su partido, temerosa de publicar tal fallecimiento antes de haber bien preparado las resultas. No obstante, don Juan Alonso de Alburquerque, como sumamente interesado en semejante averiguacion por ser el apoyo de la reina doña

María, llególo al fin á traslucir, y envió un oculto mensage á esta señora, la cual hacia muy pocos dias que desde Toledo se habia trasladado á Córdoba.

Apenas recibió tan importante aviso se puso en marcha para Sevilla, llevando consigo al infante don Pedro, que contaba á la sazon sobre diez y siete años. El caballero Ruy-Diaz, llamado Cabeza de Vaca, mayordomo mayor del señor don Juan Alonso, formaba la comitiva de esta menospreciada reina, al paso que don Martin de Alburquerque, primogénito de esta ilustre casa, iba acompañando al príncipe, á quien era deudor de la amistad mas estrecha. Jóvenes ambos de una misma edad, aunque de muy distintos caractéres, comunicábanse todas sus ideas y pensamientos, y mantenian entre sí íntimo y provechoso comercio.

Mientras la abundancia, las riquezas y un lujo verdaderamente oriental decoraban los alcázares de doña Leonor de Guzman, y mientras desplegaban sus hijos deslumbradora magnificencia en luci-

das cabalgatas y torneos, la reina doña María no pudo hallar en Córdoba suficiente dinero para emprender su viaje á Sevilla sin dejar en prenda sus mejores alhajas. A pesar de este doloroso sacrificio apenas le fue posible reunir la necesaria suma para que la acompañase razonable número de criados, los que acaudillar debia su escudero mayor Gonzalo-Gomez, persona particularmente merecedora de su mas íntima confianza.

Al llegar á Écija recibió un aviso del caballero que mandaba en Sevilla, en el que manifestándose secretamente informado por Alburquerque del estado de los negocios, la aconsejaba introducirse de rebozo en el alcázar, donde él se proponia aguardarla para tratar el modo de que se realizasen los proyectos de ambos. Añadíale tambien que podria darle noticias muy fidedignas de lo que iba pasando en el campamento, puesto que el árabe Fez-Alhamar aguardaba por horas la llegada de un mensagero sumamente fiel.

Nada de esto comunicó la reina á su

hijo en razon á que temia sus arrebatos y despreciaba su carácter. Persuadida por Alburquerque de que proporcionándole pasatiempos y placeres seríales sumamente fácil reinar en su enflaquecido espíritu, lisonjeábase de tomar algun dia en su nombre las riendas del Estado con este audaz favorito, risueña esperanza que estaba acaso muy próxima á realizarse. Era temible no obstante el partido de los bastardos: Leonor de Guzman tenia á su devocion muchos castillos, y el de Trastamara y el gran maestre, ademas de su consideracion y sus tierras, contaban con un razonable número de caballeros y ricos hombres. Mozos de temprana edad y acreditado valor, gallardos y lujosos, pródigos y cortesanos, habíanse atraido la flor de la nobleza, y persuadíanse con suma razon de aventajada influencia en el ejército. No era de consiguiente un capricho mugeril el recelo de que oponer pudiesen grandes obstáculos á la elevacion del príncipe, sino temor sobradamente fundado, contra el cual se hacia indispen-

sable tomar medidas no menos vigorosas que discretas. Y como no solo se trataba de que reinase don Pedro, sino de que Alburquerque y la reina lo practicasen en su nombre, acordaron desde luego á mostrarse con mas empeño y ahinco firmes, decididos y valientes.

Durante el viaje de Córdoba á Sevilla eran por tanto frecuentes las conferencias entre la reina y Ruy-Diaz, mayordomo de Alburquerque, en las que tambien terciaba el escudero Gonzalo-Gomez. La especie de afectacion y reserva que se notaba en tales coloquios irritaba al infante, que sin duda se creía con un derecho muy positivo á que tuviesen la atencion de enterarle de su objeto.

— ¿Qué diablos trata mi madre con el escudero? preguntó ásperamente á Ruy-Diaz: cuidado que andan todo el camino como si combinasen un asalto contra moros.

— Cuando S. A. lo llama tan á menudo, creed que tendrá razones sumamente poderosas para obrar asi.

— Chócame con todo la impertinente familiaridad de ese fatuo.

— La reina, señor, es dueña de sus acciones y...

— Tampoco tardaré yo en serlo de las mias; pero no se trata de eso, si no de que me digas la causa de tan intempestivos cuchicheos.

— Juzgo que poco tardareis en saberla.

— ¿Y quién me la ha de decir?

— Sin duda, replicó sonriéndose, el sapientísimo Fez-Alhamar.

— ¿Y crees que me tome el trabajo de ir á preguntárselo á Granada?

— Es que habita á estas horas la casa de su amigo Maese-Paolo en Sevilla.

— ¿De veras?... ¿y me será lícito preguntarle y consultar esa maravillosa penetracion de que blasona?

— Sin la menor duda.

— ¿Y es cierto lo que cuentan de que lee en la bóveda celeste el destino de los hombres?

— Certísimo...

— ¿Pero sin que anden mezcladas en tales revelaciones las potencias del abismo?

— No sé qué responder á eso, aunque sí que es mago de tal calibre que hoy mismo hará caer una estrella del firmamento para que otra brille en lugar suyo.

— Siempre fuistes, Cabeza de Vaca, un viejo remolon, un vil talego de maulas... veo que te quieres divertir á costa de mi credulidad; pero dia vendrá en que me pagues algo caras tales burlas.

Al decir esto dió con la espuela al caballo y fuese al alcance de don Martin para contarle lo que le acababa de decir el estantigua del mayordomo mayor. Mucho habian oido ponderar los dos amigos los vastos conocimientos de Fez-Alhamar, y enterados por lo que se ha visto de que se hallaba en la capital, propusiéronse decididamente consultarle, de suerte que ardian de impaciencia para verificarlo sin que nadie lo supiese.

Las once serian de la noche cuando

secretamente se introducia la reina en el soberbio alcázar de Sevilla. Aguardábanla alli con todo sigilo Lope de Avendaño, adelantado de la frontera, el gobernador de la ciudad y el árabe Fez-Alhamar, que acababa de saber de positivo la muerte de don Alfonso. Merced á los esfuerzos y actividad de Alburquerque, habia proclamado el ejército al infante don Pedro rey de Castilla y de Leon, bien que el primer hidalgo encargado de anunciar á la reina tan fausto acontecimiento fuera detenido en Medina-Sidonia, villa perteneciente á doña Leonor de Guzman, la propia que en su nombre mandaba el padre de la linda Aldonza don Alonso Fernandez Coronel.

Al tiempo, pues, que la reina y sus secuaces conferenciaban entre sí acerca del modo de llevar adelante sus vastísimos proyectos, nadie se ocupaba de don Pedro, cuyo enojo subia de punto al verse tan desgraciado ó desatendido. Lleno de amargo despecho, y ardiendo por desahogar su cólera contra alguno, empezó á

ultrajar á Ruy-Diaz, honrado y pacífico anciano, que apenas sabia cómo contestar á sus dicterios. Mas irritado el príncipe con la sumision decorosa de sus respuestas, pedíale cosas que el sustituto de su ayo no le podia conceder, y levantando entonces la mano armada por casualidad con la cadena de oro qne hemos dicho, aplicóle un bofeton tan recio que le bañó las mejillas en sangre. Apenas acababa de sufrir esta afrenta, cuando llamado por la reina corrió á su estancia y enteróla con sentidísimas razones ante el gobernador y el astrólogo del bárbaro tratamiento que debia al carácter díscolo del infante. Todos quedaron atónitos al eco de semejante ultraje, y empezóse una discusion muy animada en orden á la índole de un jóven que se anunciaba con tan atrevida violencia. Sobre todo, Fez-Alhamar tomó mucha parte en tal contienda, porque habiendo sido el verdadero objeto de su venida negociar una tregua para echar las bases de paz algo sólida y duradera, y encontrando viva opo-

sicion para ello en el recio carácter del rey Alfonso, debia necesariamente interesarse en recoger nociones acerca de la condicion de don Pedro. Y adivinando la reina por una especie de instinto los ulteriores disturbios que afligirian á Castilla, apresuróse á entrar en las miras del monarca granadino, para lo que firmó en nombre de su hijo una orden al efecto de que el favorito Alburquerque arreglase con Fez-Alhamar las bases de semejante tratado.

Don Pedro y don Martin, retirados en tanto en uno de los aposentos del alcázar, divertíanse oyendo á Zafiro, único page del primero, mozo de africano orígen, y por consiguiente sumamente vivo y malicioso, la descripcion que les hacia de los preparativos que acababa de notar en Sevilla para celebrar el toque de la media noche. Segun él no habia casa de donde no saliesen sabrosísimas fragancias, ni plaza pública que no escitase el apetito con voluptuosos dulces, rancios licores y limpios cuartos de cordero. Y al

ver que su amo escuchaba tal relacion, no sin cierta complacencia, adornóla con la belleza y el donaire de las muchachas que cruzaban por estos mercados, invitando á los transeuntes á ir á celebrar en su compañía el momento de poner fin al áspera penitencia cuaresmal.

— Puesto que V. A. quiere acostarse, continuó el page alentado por el buen humor que le mostraba don Pedro, déme permiso para salir del alcázar é ir á recrear el olfato en las comilonas que en tantos sitios preparan.

— ¿Y cómo te gobernarias para ello, siendo asi que participas de la especie de cautiverio en que me tienen?

— ¡Toma!... escurriéndome por cierto portillo que solo tiene cerrojos de parte de adentro, y en el cual ninguno de esos feos alabarderos hace la guardia.

— Mil gracias por el aviso, amable page, y cree que cuando me halle con alhajas ó dinero no dejaré de agradecértelo. Ea, Martin, no podia presentársenos ocasion mas propicia: salto de mata,

y no perdamos minuto para consultar á nuestro astrólogo.

Salieron esto dicho, guiándolos Zafiro hácia el portillo, en donde convinieron que les aguardaria hasta su regreso. Cerraron tambien el aposento que les estaba destinado para que creyese Ruy-Diaz que se habian recogido, y empezaron á andar por aquellas calles sin norte alguno, bien que como han visto nuestros lectores deparóles su buena suerte un eminente piloto en el sagacísimo Matías.

Fácilmente se adivina que enterado Fez-Alhamar de lo que acaecia en el campo y en el alcázar, quiso hacer alarde de una ciencia sobrenatural al efecto de aterrar el ánimo del príncipe y subyugarlo en cierto modo, presentándole un terrible porvenir si faltase á las leyes de la equidad y el honor. Como no tenia idea profunda de su carácter, en vez de someterlo con sus vaticinios no hizo mas que exasperarlo, y cuando se imaginaba oirle hablar contra los moros de Gibraltar y

de Granada, entregóse á un movimiento de ira que puso casi en descubierto su artificio. No obstante el éxito de la consulta, parecióle singularmente útil para sus intentos; y como emprendia la marcha hácia el campo de la cruz con los medios de echar los gérmenes de una guerra civil revelando á Leonor de Guzman y á sus bastardos los sanguinarios proyectos del nuevo rey, lisonjeábase de atajar por mucho tiempo la marcha victoriosa y pujante de la corte castellana. Proporcionóle ademas el conocer cuál era el juramento que ligar podia á jóven tan iracundo, y proponíase por tanto hacerle jurar en breve la paz con el rey de Granada sobre aquella santa reliquia, único y particular objeto de su culto.

Salieron los dos jóvenes de la casa de Maese-Paolo asombrados de lo que acababan de oir, y arrepentidos tal vez de haberse puesto en comunicacion con hombre tan terrible como Fez-Alhamar. En su turbacion no acertaron á enderezar el

rumbo por las calles que les enseñó Matías, y metiéndose en otras sumamente laberínticas y obscuras, alcanzaron una especie de plazuela que servia como de núcleo ó punto céntrico á varias de ellas. En valde quiso hacer don Martin algunas observaciones á su sombrío compañero, pues respondiéndole éste con rápidos monosílabos, dejábale con la palabra en la boca, hasta que llegando al sitio que hemos dicho, mostróse algo mas dócil, y permitióle que le guiase por entre aquella confusion de encrucijadas y revueltas. Dificil era ya semejante encargo, puesto que no se hallaban en punto de donde tomar una direccion segura, por lo cual empezaron á engolfarse encomendándose á la suerte, no menos deseosos de tropezar con quien les pudiese dar consejo que de llegar al alcázar antes de que sospechasen su ausencia. Asi, pues, prestando el oido, y adelantándose no sin precaucion y recato, llegaron á percibir los delicados sones de un laud, y el eco de una voz mas espresiva que tierna que dirigia blandas quejas á

alguna desenvuelta hermosura. Un viento sumamente grato llevó á nuestros nocturnos campeones las aromosas fragancias de oriental vergel de naranjos y jazmines, razon por la que volviéndose don Pedro á su amigo preguntóle si conocia aquellos barrios.

— No por cierto, respondió don Martin, aunque me felicito de hallar en ese cantor alguno que nos pueda advertir la direccion que nos conviene.

— Eres un pobre hombre, amigo Martin: ¿no estás viendo por esa fragancia y la disposicion de la calle qne ya hemos pasado por ella, y que es precisamente donde mora la donosa Cantarilla?

— Bien podrá ser lo que decís, señor, aunque de nada nos sirve en la actualidad: lo que sí importa es tomar lenguas de ese amartelado músico.

Encaminóse al decir esto hácia el que pulsaba con tanta destreza aquel melancólico laud.

— ¡Hola, buen hombre! gritóle: dejad á un lado la música, y hacednos merced...

— ¿Qué quiere decir buen hombre? interrumpió el incógnito; yo te enseñaré, so pícaro, el tono de dirigirte á gentes de calidad con el debido decoro.

Decir esto y echar mano á la espada fue obra de un solo instante. Desembainó don Martin la suya, y cruzáronse echando chispas para satisfacer el capricho del hidalgo presuntuoso. Al rumor de las cuchilladas que se tiraban retiróse algunos pasos el infante, dando tales gritos que movió la curiosidad de cierta vieja, la cual con un candil en la mano á fin de alumbrar la calle sacó la cabeza por el sombrío agujero de una especie de guardilla.

Es de advertir que en el calor del primer choque habian cambiado de sitio los combatientes, de suerte que el infante de Castilla se hallaba con la daga desnuda á espaldas del puntilloso cantor. A beneficio de la escasa luz que arrojaba el candil de aquella abuela reconoció los vestidos y la estatura de este hombre, circunstancias que confirmaron en su mente la

idea que ya habia concebido por el metal de su voz. Otro movimiento de la vieja lanzó en el rostro de los dos espadachines un pasagero reflejo, por lo que retrocediendo el incógnito algunos pasos, limitóse á la defensa, no obstante de que la echara de agresor, y dirigió á su contrario estas palabras:

— ¡Señor! ¿es posible que seais vos?...

— ¡Calle!... ¿qué aventura os trae por estos barrios, Gonzalo-Gomez? preguntóle don Martin, reconociéndolo al golpe y dejando por lo mismo de acosarle.

Con esto disipáronse enteramente las dudas del príncipe, y atacando por la espalda al escudero favorito de la reina, metióle furioso hasta las entrañas el afilado acero de su daga. Cayó el hombre con grande estruendo, y testigo la vieja de cuchillada tan alevosa y traidora, tiró el candil á la cabeza del asesino desatinada y colérica, y cerró con desabrimiento la ventana.

— ¡Qué es lo que habeis echo! esclamó don Martin en medio de las espe-

sas tinieblas que obscurecian la calle.

— Déjate de aspavientos y reconoce si ha muerto.

— Espero que no, respondió inclinándose para averiguarlo...

— ¡Pues cuchillada en él, amigo Martin!...

— Líbreme Dios de tal infamia... ¡ay de mi! el infeliz yace en tierra sin el mas leve movimiento... es fuerza que la daga haya penetrado hasta el corazon...

— ¡Bravo golpe! no se dió mas limpio en el torneo de Medina. ¿Pero estás seguro en efecto?...

— Sobrado seguro, señor; y por cierto que mas hubiera querido ser víctima de su espada que verlo asi tendido por un acto de perfidia...

— Alejémonos, pues, interrumpió el infante cogiéndolo del brazo: por alli se acercan algunas gentes, y no seria discreto hacer rostro á otras quimeras.

Las gentes de que hablaba eran varios menestrales que alumbrados con teas volvian á sus hogares despues de haber

celebrado la noche pascual en casa de sus amigos. Siguiendo á lo lejos sus pisadas, pudieron llegar en breve á la plaza de la catedral, desde donde les fue fácil tomar el camino del alcázar. Entraron sin el mas leve rumor con las mismas precauciones que observaron al salir, bien que nadie habia advertido su ausencia, y aun seguia cuando llegaron la junta ocupada en discutir el impulso que en tan críticas circunstancias debia darse á los negocios. El gobernador de la ciudad, el alcalde mayor y algunos canónigos aconsejaban medidas de prudencia y de energía, encaminadas á sentar al infante don Pedro sobre el trono, harto lejos entonces de creer que anduviese este jóven por la ciudad cometiendo los desacatos que hemos referido. Todo su anhelo consistia en cortar los vuelos á doña Leonor de Guzman y á su partido, apaciguar los tumultos que acaso nacer podrian en el acto de la elevacion de don Pedro, y asegurarse á sí mismos, como acontece constantemente en tales lances, algunos de los honores y

dignidades que á la sazon ennoblecian las orgullosas hechuras de la dama favorita.

Al llegar don Pedro y don Martin al aposento destinado al príncipe, notábase cierta diferencia chocante en el respectivo humor de estos dos jóvenes. Parecia don Pedro mas jovial, petulante y satírico que de costumbre, al paso que el otro profundamente abismado en dolorosas reflexiones: vanamente prodigaba aquel las mas chistosas y felices ocurrencias mientras íbalo desnudando el page favorito, pues que en nada influían en el ánimo triste y meditabundo de su generoso amigo. Sobrecogido aun de horror por el frio asesinato que acababa de presenciar, no se atrevia á fijar los ojos en el rostro del sucesor del trono, temeroso de leer en sus líneas la bárbara crueldad que indicaba una accion tan digna de vituperio. Asi que el page acabó de desnudarle quiso hacer el mismo servicio al primogénito de Alburquerque, pero desdeñándose éste de admitirlo, echóse vestido como estaba en la cama que le preparaban siem-

pre en el mismo cuarto del príncipe. El page dió un brinco con estraordinaria ligereza como para ponerse á salvo de la caprichosa cólera de don Martin, y tomando los vestidos del infante al efecto de atender á su arreo, violos manchados de aceite, y empezó á soltar chuscas esclamaciones sobre el mal estado de las blandas plumas, lustrosas sedas y primorosos bordados.

— A buen seguro, decia, que si hubiese yo acompañado á S. A. no le acaeciera tal desman. ¡Mala peste al pícaro que tal desaguisado nos hizo! ¿No me dirá V. A. en dónde fue, para que mañana le mueva una burla algo pesada?

— Pregúntaselo á don Martin, respondió el príncipe soltando una risotada escandalosa.

— Paréceme que su señoría no tenga humor de satisfacer mi curiosidad.

— No por cierto, Zafiro, por lo que trata de despejar para que S. A. descanse.

— Tiene razon, esclamó el príncipe; las hazañas de esta noche piden largo

reposo. Por lo demas, yo te regalo esos vestidos para que los cambies en el barrio de los hebreos por doblas bien ensayadas. Cuenta con que encuentre al levantarme otros mas lujosos y brillantes, pues las niñas de esta tierra ya me tienen vuelto el juicio.

CAPITULO IV.

Yacía entre nobles dueñas
y ministros del Santuario,
sobre pérsicas alfombras,
el cadáver de don Sancho,
Cuando se oyeron los gritos
de sus infieles vasallos,
por nuevo monarca alzando
los pendones castellanos.

ANÓNIMO.

Ya reflejaba el sol en los pintados vidrios de las góticas ventanas del alcázar, cuando manifestó don Pedro deseos de levantarse. Como al mirar á su amigo notase todavia en su mustio semblante ciertos indicios de melancólico despecho, apresuróse á decirle: — ¿Estarias aun incomodado conmigo, don Martin?

— Confieso, señor, que lo estoy, y no solo por el golpe que sacudisteis á Gonzalo, sino por la indiferencia con que hablais de tal desgracia.

— ¡Ingrato!... ¿exiges, pues, que me aflija de haber salvado tus dias?

— ¡Cómo, señor! ¿en efecto creisteis que se hallaban amenazados de algun inminente riesgo?

— Lo creí, porque la punta de su espada describia rápidos giros en derredor de tu pecho...

— Pero desde que me conoció no hizo mas que defenderse de las cuchilladas que furioso le tiré. Comprendo no obstante que el reflejo de mi acero pudo deslumbraros cuando á la tibia luz de aquel peregrino candil contemplasteis el combate. ¡Cuánta no es mi satisfaccion al ver que no obrasteis por venganza, sino por un movimiento generoso de amistad! En toda la noche he cerrado los párpados temiendo que realmente fueseis aquel príncipe pusilánime y cruel que con tanta energía nos pintaba el buen astrólogo...

— Nada me digas de ese perro; todas sus encastilladas frases no eran mas que hipocresía y presuncion.

— Pero es harto cierto que la ven-

ganza trae venganza, y que el que levanta el brazo para herir cobardemente á su enemigo habrá de perecer un dia á manos de vasallo desleal. Vuestra gloria, continuó el jóven animándose con entusiasmo sublime, vuestra gloria no me es menos cara que vuestra vida, y puesto que el honor de un caballero se marchita por la mas leve bajeza...

— Pierde cuidado: mi reputacion se mantendrá limpia, estando resuelto á no seguir mas consejos que los que me dictare tu pundonor. ¿No me digistes, hablando de otra cosa, que en tiempos de tu primer viaje á Sevilla te habia prestado cierto judío razonable suma de dinero?

— Asi es; pero dándole en prendas una cadena de gran valor que me regaló mi tia la de Osorio. Por lo demas, llámase Samuel Leví, y es almojarife de mi padre.

— ¡Cuán feliz eres en tener tias que con regalos te mimen! Pero á falta de alhajas no escasearemos las promesas para que ese descreido de la tribu de Ju-

dá nos entregue algunas doblas. Accede en mi nombre á las condiciones que quiera, oblígate con todos los vínculos que le inspire su codicia, como no dejes de venir con el apetecido refuerzo. Júrote, querido Martin, que toda la noche he soñado con Juana y Aldonza, y que han estado presentes á mi fantasía llenas de ternura, amabilidad y donaire.

— ¿Y juzgais segun eso que sea indispensable el dinero para atraerse el cariño de una muger bien nacida?

— Es que no aspiro á la correspondencia de una sola, sino á la de cuantas se precian de gallardas y festivas. No temas que deshonre tu amistad por irreflecsion ó cobardía; pero déjame un poco de ensanche para que disfrute de mi lozana juventud. Si algun dia me viere sentado en el trono, tú serás mi apoyo, mi amigo, mi ángel tutelar... sobrado contento con pasar en agradable ocio algunos instantes de la vida, sobrado feliz en andar vagando de la caza á los festines, del festin á las hermosas, y de los brazos de mil

sirenas al espectáculo brillante de espléndidas justas, no envidiaré la suerte de persona alguna, y seré para todos un rey recto y benéfico, amigo de la paz, y de ostentar decorosa magnificencia. Pero dime, Martin, ¿crees tú que logre tan inesperada dicha? ¿presumes que adorne algun dia la diadema de los reyes está frente juvenil?

Iba á responderle el jóven, al tiempo que abriéndose de par en par las puertas entró, precedido de varios pages, el anciano Ruy-Diaz, trayendo unos vestidos cuajados de perlas y oro. Adelantóse con gran ceremonia hácia el infante, é hincando respetuoso la rodilla, pronunció con balbuciente voz estas palabras: — Vengo á cumplir en ausencias de mi señor don Juan Alfonso de Alburquerque las funciones que en el regio alcázar le competen.

— Está bien, pero no creo que os obliguen, señor Cabeza de Vaca, á servirme de rodillas como si me saludasen ya los pueblos con el suspirado título de príncipe de Castilla.

— Cumplo, señor, con mi deber...

— ¿Con tu deber, Cabeza de Vaca? preguntó chispeándole los ojos de alegría.

— La reina, mi señora, me manda suplicar á V. A. se sirva pasar á su aposento para comunicarle ciertos pliegos que acaba de recibir, enviados por el señor de Alburquerque.

— Voy á obedecer á S. A., respondió el infante; corre entre tanto á decirle que inmediatamente me presentaré en su estancia.

Apenas hubo salido el anciano Diaz cuando, prosternándose el page ante el lecho de su señor, saludóle pidiéndole albricias como á rey de Castilla y de Leon.

— ¿Con que murió mi padre? preguntó el príncipe.

— En efecto, señor, y aqui traigo á V. A. las condecoraciones de gran maestre de la Banda, á las que acompañan esta soberbia espada, cuya empuñadura deslumbra con su brillantez, la rica cadena de preciosísimas piedras que llevaba el rey difunto, y ese dorado yelmo sobre

el que airosamente tremolan raras plumas de avestruz. Levantan entre tanto un trono en el regio salon de las galerías, donde aguarda á V. A. el arzobispo con lo mas brillante y distinguido de la corte. Escuchad, señor... resuenan por donde quiera las jubilosas chirimias, hiere sonoramente el oido el son de la campana grande de la catedral...

—¡Y á todo esto, murmuró don Pedro, es mi madre la que recibe los homenages de los grandes!...

—No señor, antes retirada en su aposento entrégase como es justo al mas profundo pesar.

—¡Ah! ¿y si se alzaran contra nosotros los bastardos?...

—Antes bien todos confirman que acaban de reconoceros por único y legítimo monarca. Pero al fin pierde la reina un esposo, y cual si quisiese el destino apurar su sufrimiento, acaban de traer al alcázar el yerto cádaver de su favorito escudero.

Soltó el infante insultante carcajada

al oir esto, y el primogénito de Alburquerque alli presente no pudo disimular un movimiento de horror.

— ¿Pero dónde ha muerto el rey? continuó preguntando al page.

— Ante Gibraltar, señor; víctima de la peste que se introdujo en el campo.

— Hé aqui, dijo en voz baja don Martin á su augusto amigo, como efectivamente no erais anoche lo que vos creiais ser. ¡Plegue á Dios, señor, no acierte el moro en los demas vaticinios!

— Nada temas, respondió el príncipe apretándole la mano con muestras de gran cariño; ya te he dicho que eternamente serás mi amigo y mi consejero.

— ¡Ay de mí! ¡aseguró tambien el árabe que perecería el amigo á manos de su propio amigo!

— ¡Ingrato!...

— No lo digo porque tema por mi vida; sé despreciarla, señor... pero la salud del reino, la gloria de vuestro nombre...

— ¡Ingrato! repuso generosamente el

príncipe sacando de su propio seno la reliquia que tanto veneraba: ¡castígueme el cielo con muerte desastrada y prematura si falto al juramento que sobre esta cruz te hago de respetar tu vida y merecer eternamente tu amistad!

— Esto es demasiado, esclamó el jóven hincando humildemente la rodilla: yo os saludo desde ahora, no tanto como alto príncipe, sino como padre heróico de estos reinos.

— Y yo te lo agradezco, Martin, pero alza del suelo y escucha. Mientras me esté yo secando con la reina, corre en busca de Samuel Leví, puesto que no puede ya rehusarme sus cofres. Sobre todo, date muchísima prisa, y no vuelvas con poco dinero.

Echóle al pronunciar estas palabras una significativa ojeada, y marchóse precedido de su page á los soberbios aposentos de doña María. Quedóse contemplándolo el hijo de Alburquerque con embarazosa mezcla de desconfianza y gratitud; pero presentándose muy en breve á su

imaginacion ardiente y juvenil la brillantísima carrera que bajo de sus propias plantas se abria, adornóse con un vestido mucho mas magnífico del que solia llevar, y salió del alcázar lleno el pecho de júbilo, llena la mente de dulcísimas imágenes, aunque hiriendo de tiempo en tiempo su corazon el desagradable aletazo de un presentimiento sombrío.

CAPITULO V.

Doña María de Padilla.

Metióse el jóven cortesano por las calles de Sevilla, y acordándose de la casa en que viera en otro tiempo al ricote Samuel, encaminóse á ella y llamó á su puerta con la resolucion de un hombre que quiere ser prontamente obedecido. Presentaba el edificio un aspecto decoroso, aunque no magnífico: tres ventanas arabescas con su columnita en medio y ostentando el lujo de peregrinas labores dividian en proporcionados espacios todo lo ancho de la fachada. Consistía el resto de sus adornos en los que coronaban el arco de la puerta grande, sobre cuyo vértice mostraba sólido escudo de piedra los blasones de alguna familia ilustre. Si bien eran en aquella época los judíos los depositarios del dinero, no acostumbraban á vivir fuera de su barrio ni en ca-

sas que indicasen tanta decencia, antes meterse en obscuras madrigueras donde ocultaban bajo sutilísimas trampas los tesoros arrancados á fuerza de exorbitantes usuras. Sin embargo, continuó llamando el mozo para cerciorarse de si en efecto era aquella la habitacion del astuto hebreo, ignorando que el haber morado allí fuera debido á la proteccion que le dispensára el rey Alfonso, hasta que asomándose una doncella á la ventana con manifiestas señales de algo azorada y confusa, dijóle que no repitiese los golpes, puesto que el caballero en busca del cual venia acababa de ser conducido á la cárcel pública.

—¿Cómo es posible que hayan llevado á la cárcel al riquisímo Samuel?

Pero la muchacha ya se habia metido dentro, y si por casualidad no oye la pregunta una de estas vecinas dispuestas siempre á referir lo que pasa en el barrio, fuera de temer se volviese el jóven galan sin saber á punto fijo si era ó no era aquella la casa del usurero.

—Pues señor, decíale, si buscais á ese descreido Samuel es preciso dirigiros al barrio de los hebreos, donde le hallaredes detrás de su obscuro mostrador contando dinero á los nobles como dejen en prendas buenas fincas ó alhajas de gran precio. Lástima tengo á los mozos bien nacidos que van á dar de hocicos en manos de ese pícaro usurero... mas á cuento les tuviera caer en las de los salteadores de la sierra. Pero en fin, no son cuentas mias, y os aseguro que solo vive en la tal casa una familia recien llegada de Alburquerque.

—¿Y qué nombre lleva esa familia? preguntó no sin viva curiosidad el que debia ser señor de esta villa.

—El viejo es un comendador de Santiago, y trae cierta sobrina consigo que dicen por el barrio que es una perla oriental. Ahora bien; la dicha sobrina tiene un hermano, hombre así alto, de mal visage, cegijunto, mas propio para espantar á moros que para acariciar á cristianos. Y habeis de saber, señor hidalgo,

que ese valenton, ese espantajo de la turba infiel, partió ayer mismo para el campo de Gibraltar, en donde dicen...

— Pero en resumidas cuentas, ¿cómo se llama esa familia? replicó con notoria impaciencia el caballero.

— A eso voy, señor: el tio, varon como tengo dicho de edad respetable, especie de señor mayor, á quien profesamos singular cariño los del barrio, llámase, si mal no me acuerdo, el comendador de Hinestrosa, y su sobrina, esa señorita tan agraciada y tan linda...

— Doña María de Padilla... interrumpió con viveza el impaciente primogénito...

— Cabalito; y si hubieseis oido los clamores que soltaba cuando se llevaban preso al comendador... vamos era cosa que ablandára hasta las piedras.

— ¡Pobre niña! es preciso que le hable, que la consuele, que esta misma mañana le restituya su buen tio... pero ¿no se dice por qué lo han preso?

— Tantos motivos se alegan, que miro

como imposible descubrir el verdadero.

—¡Picardía! desde ahora digo que no hay uno fundado en la verdad...

—Hablan por ejemplo de cierta amistad sobrado estrecha entre el hermano de doña María y el gran maestre de Santiago.

—No llameis asi, señor; no deis tantos golpes á la puerta, gritó desde la ventana la doncella que se habia asomado antes; no parece sino que esté todo el mundo en disposicion de insultarnos.

—Déjalo entrar, Paloma, gritóle la picotera vecina: es un caballero, un amigo de la casa, un señor que trata de poner al viejo en libertad...

—Acabáramos... allá voy de un brinco, y bien venido sea...

Abrió el antiguo porton, y metiéndose don Martin por él con una viveza singular, dijo á la muchacha que le condujese sin perder instante al aposento de doña María.

—Poco á poco, señor galan, replícole aturdida de tanta precipitacion: la pobre ha querido echarse un momento,

porque en toda la noche hizo otra cosa que desesperarse y llorar.

— Pues despertarla, Paloma, y no te quede duda de que te lo ha de agradecer cuando sepa que te lo manda el primogénito de Alburquerque.

— ¡Por supuesto que se alegrará!... ¡es posible que ese don Martin, de quien tanto me habla, seais vos!... ¡no en valde me ponderó su gallardía y buena traza, no en valde se deleitaba en pintármelo como uno de los jóvenes mas bien dispuestos y galanes!

Asi diciendo, hacíale subir, ó introducíale á una galería, en la que le rogó que le aguardára. Entróse en un aposento contiguo, habló de él en voz baja, sin duda con su señora, conversacion que entender no pudo el caballero, aunque sí percibir al fin el dulcísimo acento de doña María esclamando: ¡Bendita seas, Paloma! ¿pero estás segura de que es él?...

— Sí, yo soy, yo soy, repondió don Martin adelantándose á la puerta: ven, no tardes, querida mia; déjame que

cuanto antes te abrace y te consuele...

— Vísteme, vísteme presto, Paloma... ¡él es!... pronto, esa saya, la otra, cualquiera... ahora el corpiño... envuélveme las espaldas con ese manto... ¡válgame Dios!... ¡qué desórden!... ¡qué desasosiego!... ¡qué torpe y pesadísima estás!...

— ¡Picaruela! ¿no sabes cuánto mas linda pareces envuelta en ligera túnica?...

— Pero pasaron, querido Alburquerque, los deliciosos tiempos de la niñez...

— ¿Y no me amas con la misma vehemencia que entonces?

— ¡Si te amo!... nunca ceso de acordarme de tí, de hablar de tí, de ocuparme en la deliciosa memoria de nuestros juegos é inocentísimos deleites.

— ¡Ah! no tardes: los momentos son preciosos, y esa ventura triste que me los arrebató tantas veces...

Y abriéndose entonces la puerta, salió por ella una ninfa suelta, deliciosísima y ligera, una ninfa semejante á las risueñas ilusiones del extasiado trobador, breve compendio de las irresistibles gracias

que imprimió el autor de la naturaleza en la muger. Cual una Sylfide por la ligereza y soltura de su talle, corrió á echarse con inocencia todavia infantil en los brazos del entusiasmado Alburquerque; pero sorprendido este al mágico aspecto de tan peregrina hermosura, retrocedió algunos pasos, y estúvola contemplando como si á la vista tuviese las aéreas formas de una aparicion ó de un encanto. Habria como ocho años que se habia separado de esta niña en el castillo de Alburquerque, cuando ambos salian apenas de la risueña infancia. Verdad es que alimentaban á la sazon en su tierno pecho una pasion amorosa; pero envuelta en los juegos y frivolidades de aquella edad feliz, no podia decirse si tomaria con el tiempo un carácter serio y decisivo. Ahora, cuando repentinamente se vieron, lanzóse la jóven en sus brazos, enlazando con estraordinaria viveza este momento con el último de su dolorosa despedida, mientras el hijo de don Juan Alonso, mas reflexivo y prudente, esprimia su admira-

cion por medio de palabras respetuosas y corteses. Advirtiólo María, y poniéndose encendida como un rubí oriental, inclinó ruborosa los dilatados párpados, y empezó á responder con timidez, cual si recelase haber cometido algun desman en el natural fervor de aquellas demostraciones. Entonces advirtió la suma diferencia que existia entre el jóven graciosísimo y travieso, á quien tanto amaba en Alburquerque, y el caballero mozo y galan que magestuosamente descollaba á su presencia. Advirtiólo decimos, porque causóle una impresion mas profunda y encogida, y retirándose del lado de su amigo, temerosa de respirar su aliento, de tropezar con la ardentísima llama que despedian sus ojos, cruzó las manos sobre el delicadísimo seno, y estuvo como aguardando á que don Martin volviese á entablar el coloquio.

— ¡Qué es esto, María, qué es esto! díjola devorando con la vista las gracias de tan amable niña: no parece sino que mi presencia os cause miedo.

— No diré miedo, Alburquerque, pero al creer estrechar en mis brazos un page festivo y risueño, halléme sin pensarlo en los de un desconocido caballero.

— Tambien yo en la presencia de una jóven capaz de deslumbrar al mas poderoso monarca. Os aseguro que nunca hubiera creido...

— ¿Que llegase á crecer tanto?...

— ¡Ah! no es eso... que llegaseis á reunir ese conjunto de gracias superiores á las que concede el cielo para orgullo y embeleso de nuestra especie. Pero decidme, hermosa María, ¿es cierto que durante tan larga ausencia os acordabais de mí?

— Acordábame de aquel niño lleno de amabilidad y travesura, á quien veía adiestrarse en los brillantes ejercicios de un guerrero, y que recibia conmigo las lecciones de cierto monge anciano para el arte dificilísimo y raro de leer y de escribir. Pero vos, amigo mio, vos que formais constantemente el séquito y el adorno de la corte de Castilla, que en sus

deliciosos festines, en sus célebres torneos vereis las aplaudidas bellezas de este reino, ¿habreis tenido un leve instante para acordaros de la infeliz que dejasteis en aquella soledad de Estremadura?

— No un leve instante, María, sino largos y dulcísimos momentos de suspirado embeleso. Cuando mas frecuentaba los salones, cuando enristraba mi lanza en las justas, nunca se apartaba vuestra imágen de mi espíritu, y era todo mi afan adquirir claro renombre para que os revelase la fama que no era indigno de vos. Y como pudiese escapar de tanto bullicio, y transportarme con mi imaginacion á las antiguas florestas de mi patria, acordábame de cuando atravesábamos el solitario valle, y contra vuestro parecer saltaba el indómito torrente. No sé qué magia tan suave para mí tenian semejantes recuerdos que, embebecido, extasiado en ellos, hacíame casi sordo al clarin que anunciaba las justas, y á las cariñosas voces de mi ilustre amigo. Y sin embargo, no serán ya estas memorias las que

inspiren á mi alma una melancolía voluptuosa y solitaria.

— ¿De veras?... ¿puedo preguntaros qué objetos inflamarán desde ahora vuestra imaginacion?

— Vos misma, pero no cual erais inocente ninfa de las selvas, sino cual os presentais hoy dia dama arrogante de las cortes. Ensoberbecíame antes el título de amigo vuestro; permitidme que mas me ensoberbezca ahora el de vuestro caballero.

— ¡Lisonjas vanas!... el primogénito de Alburquerque, favorecido de reyes, amigo de príncipes, famoso y denodado paladin de las Castillas, se avergonzaria de llevar los colores de una huérfana desconocida.

— ¡Cruel!... no me muestres una opinion mas dura tal vez que tu propia indiferencia... mándame mas bien entrar á viva fuerza en Gibraltar y Algeciras, acometer al frente de mis vasallos las murallas de Málaga ó los robustos torreones de la Alhambra, y verás como me será posible vencer, escalar, morir, sin que

nunca lo sea borrar tu imágen de mi ardentísimo pecho. Quiero ser tu caballero, María, tu caballero...

— Otorgadme, pues, un don...

— Exígelo, ángel mio, esclamó hincando una rodilla y tendiendo los brazos hácia ella...

— Suplico al amigo y al favorito del rey que mande poner en libertad al comendador de Hinestrosa.

— Yo te lo juro, esclamó levantándose con ímpetu... ¿quién ha sido el vil que ha mandado prenderle?

— ¿Quién?...

— Sí; dímelo por tu vida, y verásme correr á él, y amenazarlo con mi acero y la indignacion del monarca.

— ¡De qué modo, si ha sido el monarca mismo el que lo mandó prender!

— ¡El rey!... mienten, María: declaro por impostores...

— He visto la orden firmada de su mano...

— Pues te digo que ignoró lo que firmaba.

— ¡Ah!... ahora caigo en que don Lope de Avendaño tiene particular ojeriza á mi hermano y á mi tio. Sin duda habrá querido vengarse, y valiéndose del destino que ocupa arrancar una firma al ignorante monarca. ¡Infame! ignora que se haya descubierto su perfidia, y que apesar de ser tan jóven tengo resolucion suficiente para arrojarme á las plantas de don Pedro...

— ¡Oh! no, no lo pienses, María, interrumpióla sumamente agitado el heredero de Alburquerque...

— ¿Y por qué nó? cuando todos se hacen lenguas de su bello carácter, cuando ponderan todos su generosidad y su mérito...

— Sin embargo, no le veas, María, no le veas... déjame á mí la gloria de conseguir la libertad de tu tio... pero no sueñes siquiera en dirigirte al alcázar. ¿Me lo prometes? ¿me lo juras? ¿podrias negarme esta prueba de cariño?... de un salto voy á practicar las diligencias necesarias: estáte aqui con Pa-

loma, y espera mi vuelta, que no tardará en verificarse.

Dejóla al pronunciar esta imprevista súplica, y entusiasmado con el coloquio que acababa de tener, empezó á andar por las calles de aquella capital deseoso de evacuar la agradable comision que acababa de tomar sobre sus hombros. Acordóse empero de que antes de todo debia verse con Samuel, y bien á pesar suyo encaminó sus pasos hácia el barrio judáico. Herida su imaginacion por la resplandeciente belleza de María, iba embelesado en la imágen de sus gracias, cuanto desasosegado y celoso de que el rey llegase á verlas. Formaba al efecto de alejar este desgraciado incidente mil planes mas ingeniosos que sólidos, y distraido en los medios de ponerlos en ejecucion, hallóse junto á las tapias del recinto hebráico sin haber apenas advertido el corto trecho que lo separaba de él. Andúvolas costeando hasta llegar al portillo por donde se entraba en aquel separado cuartel que tanto atraía el odio de los fieles y el deseo

poco caritativo de apoderarse de sus riquezas. Muchas eran segun fama las que se encerraban en tan inmundo círculo, sin que el aspecto de sus habitantes ni el de sus habitaciones diese otra idea que la de una miseria degradante y asquerosa. Sobre ser angostísimas las calles, y muy frecuentes las encrucijadas y revueltas, mostrábanse llenas de barro é inmundicia, formando de cuando en cuando profundos charcos de agua al parecer bituminosa y sulfúrea. A duras penas podia hallarse una senda entre tan fétida basura y amontonados escombros, y como presentábanse ingeniosamente tortuosas, era imposible tambien que tan escasos cuanto difíciles senderos no fuesen á cada instante interrumpidos por un efecto natural de sus frecuentes y mal acondicionadas esquinas. Sucias bandadas de animales domésticos se revolcaban por el cieno de semejantes tránsitos, revueltos con niños medio desnudos, que al parecer solo vivian á espensas de la caridad pública. Los hombres que las cruzaban, guardando en

las arrugas de sus frentes y en los andrajos que cubrian sus carnes cierta armonía lúgubre con la pestilencia de todo aquel barrio, apenas hablaban entre sí, entendíanse por señas, y arrojaban suspicaces é indagadoras ojeadas á los pocos cristianos que hallaban por el camino. Añádase á lo dicho, que deseosos de mostrar su afliccion por el súbito fallecimiento del rey don Alfonso, habíanse desnudado de sus túnicas amarillas para vestirse groseros sacos, ceñirse con toscas cuerdas, y echar ceniza sobre sus bonetes grises. Este rigoroso luto hacia mas dolorosa impresion en aquel lóbrego recinto observado por gentes cínicas, groseras, lúbricas, semejantes á la imágen desabrida del invierno, á la de hipócrita codicia, ó á la de inmunda y ardentísima lujuria.

Alfonso onceno habíase mostrado favorable á los judíos, y bajo el abrigo de su proteccion generosa, obtenida sin embargo por medio de exorbitantes pechos y tributos, ejercian su comercio, y libremente disfrutaban de sus inmensas rique-

zas. Juntábanse á la pérdida de tan benéfico príncipe los aciagos rumores que cruzaban por el barrio de que el pueblo cristiano iba profiriendo contra ellos imprecaciones y amenazas, deseoso de probar si la inesperiencia del nuevo rey le permitiria arremeter contra los enèmigos de su creencia, y arrebatarles alguna parte de sus incalculables tesoros. Y como las infinitas víctimas de sus desapiadadas usuras alcanzaban notable ascendiente con el populacho, no podian menos de recelar que lo ostigasen y ensoberbeciesen para satisfacer el inveterado odio que no sin algun motivo les tenian.

Preguntaba entre tanto el primogénito de Alburquerque por la casa de Samuel, uno de los principales miembros de aquel reprobado gremio, y cuando se la hubieron indicado, sorprendióle que no manifestase su esterior mas ostentacion ó decoro que las otras habitaciones. Atravesó al entrar un descompasado zaguan, poblado de yerbas silvestres, y metióse en ciertas salas bajas donde acostumbraba

recibir el hebreo á los que querian traficar con él. Hallólo al fin en una de ellas vestido de luto y paseándose silenciosamente con aire meditabundo y melancólico. La edad del israelita frisaba con los cincuenta, y su figura, harto menguada y comun á pesar de sus pretensiones á noble ascendencia levítica, nada ofrecia digno de atencion, esceptuando cierta notable mezcla de penetrante perversidad y astucia que campeaban por su áspera fisonomía. Al rumor de los pasos volvió la cabeza y quedóse pálido distinguiendo en el trage un nazareno; pero conociendo que era el hijo de Alburquerque, calmóse súbito, y dirigióle la palabra en estos términos:

— Por las barbas de Abraham que en este mismo momento me estaba acordando de vos. Harto sabia yo que un caballero de pecho tan hidalgo no dejaria de acudir á nuestro socorro en la hora del peligro.

— ¿A tu socorro, Samuel? por vida mia que yo soy el que viene á reclamarlo de tí.

— Entiendo, señor don Martin; corre urgencia de metálico... pero si alcanzarlo quisiereis será preciso, indispensable, que mediando con vuestro augusto amigo libreis á este pueblo infeliz de las violencias con que le aumenaza la turba de los nazarenos. Poderosos son nuestros contrarios: abundan los que envidiaban la proteccion que nos concedia el difunto rey, y cuando han empezado ya á manifestar su resentimiento encerrando en las cárceles á varones de su secta con quienes por cierto tiempo estuvieran en guerra feudal, será terrible, inaudita la venganza que tomen del infeliz pueblo judáico.

— Algo me han dicho de tales atropellamientos... por fuerza ha de ser cosa de la reina... y te aseguro que su augusto hijo se ha de irritar en gran manera al saberlo.

— ¡Ay de nosotros si toma el cetro de Alfonso, hasta ahora tan benéfico y paternal! Cuantos la rodean, cuantos ascendiente alcanzan bajo su gobierno, odian de muerte al pacífico pueblo de Israel, y

desean abandonar á sacrílego pillage este recinto. Y no obstante, el rey tiene falta de dinero, y solo estos mismos israelitas que desprecian allegárselo podrán bajo tolerables condiciones. Pero si todo nos lo quitan, si nos hacen perecer bajo el puñal de cobardes asesinos...

— No, no lo creas, Samuel; yo te salgo garante de que os protegerá el rey, y aun vengo de su parte á asegurártelo.

— ¡Caigan las bendiciones del Altísimo sobre su testa privilegiada!... ¡Ah! como me proporcionáseis una entrevista con S. A., las arcas de su tesorería podrian contener apenas las riquezas que por mi conducto lograse.

— ¿Hablas de veras Samuel?... ¿estaria en tu mano procurarle mil alfonsis?

— Y diez mil, y veinte mil, y doscientos mil...

— ¿Y en el discurso de hoy?

— Y en esta misma mañana, y en este mismo momento...

— ¿Sin mas dificultad que la de poder hablarle?

— Sin otra dificultad que la de que quiera dar pábulo á sus intenciones benéficas procediendo como legítimo rey.

— Pues no tienes mas que seguirme, y te conduciré á su presencia por escusadas puertas y secretos tránsitos...

— ¡Ah! sí, secretos, interrumpió el judío, porque el guarda del real tesoro es mi mas terrible enemigo desde que demostré al rey Alfonso los cuantiosos robos que en este empleo ejercia. No hay quien ignore que la reina, don Juan Alonso de Alburquerque y don Lope de Avendaño todo lo manejan, de suerte que sus mismos amigos van esparciendo por Sevilla que el rey es un mozo inesperto y barbilindo, absolutamente inútil en lo que atañe al gobierno.

— Pues dígote que mienten, replicóle irritado don Martin.

— Tambien añaden que vuestros consejos, como hijos de torpe inesperiencia, solo contribuirán á perderle...

— ¿Y quiénes son esos insolentes?

— Nada menos que el gobernador de

Sevilla, el adelantado general de la frontera, el mariscal de Castilla...

— Pues bien, envuélvete en tu manto, encasquetate el bonete, y sigue mis huellas sin afectacion, á ver si bastaremos los dos para conjurar la tormenta.

CAPITULO VI.

El almojarife Samuel.

Por abovedados tránsitos y sutiles pasadizos condujo en efecto don Martin al astuto vástago de la tribu de Leví hasta una pieza que se hallaba contigua al aposento del monarca. Introdújose en él, y hallóle despechado y abatido midiendo la estancia con precipitados paseos. Admiróse Alburquerque de su afligido continente, y preguntándole la causa de mutacion tan súbita, respondióle entre amilanado y colérico:

—¡Qué ha de ser Martin!... la reina manda, y no soy mas que una figura de tapiz para echar firmas. Por Santiago que cuando me besaban la mano y dirigíame el arzobispo aquel fastidioso discurso, creíme haber finalmente llegado al apetecido punto de mis deseos; pero todo se les fue en arengas y genuflec-

siones, por manera que al oir á esos viejos, incluso el adelantado Lope de Avendaño y cuantos seguir uo pudieron á mi padre por hallarse cascados y achacosos, no seré bueno para el mando hasta que el tiempo tuerza mis piernas y eche nieve á mis cabellos.

— Y yo, señor, añadió don Martin con igual fuego, soy segun su opinion un mozo sobrado inexperto y barbilucio para merecer la confianza de S. A... Sé que han esparcido falsos rumores por la villa, que la reina, harto mal aconsejada, se ha juntado á su partido...

— ¡Y con qué ahinco! ¡Con qué vehemencia, querido Alburquerque!... hácennos guerra abierta, y si añades á ello que suenan huecas las arcas del real tesoro, y que es preciso juntar cortes para lograr siquiera un momentáneo subsidio...

— No señor, que ya es inútil apelar á tan lejano é incierto socorro, gracias á los ofrecimientos del judío Leví, que desea presentarse á V. A.

— ¿Y dónde está?... ¡ah! querido

Martin, tú me vuelves á la gloria y á la vida... hazlo entrar, ni un momento quiero que se retarde esta importante consulta.

Introdújolo al instante, y el rey pudo apenas contener la risa al ver aquella rarísima figura adelantándose hácia sus plantas con cierta timidez pueril y casi tocando con las barbas las recamadas alfombras.

— El mas ínfimo vasallo de V. A., el indigno representante de tribu desgraciada y proscrita, besa el polvo de vuestros pies para rogaros que os digneis protegerle con una benigna ojeada. Vuestros son nuestros corazones, nuestros bienes...

— ¿Cómo los bienes? interrumpió sonriéndose el monarca; acuérdaste al fin de que está escrito que es fuerza dar al Cesar lo que es del Cesar...

— Máxima del evangelio, señor; no precepto de nuestra biblia santa.

— ¿Y por eso la prefieres sin duda al libro que nosotros veneramos?

— Bien al contrario, señor; es precepto que yo admiro, y solo desearia que

penetrados todos los cristianos del espíritu de verdad que lo dictó, diesen fielmente al Cesar lo que pertenece al Cesar.

—¡Bravo, bien respondido, victor al astuto Samuel!... ¿pero es cierto que me puedas proporcionar los alfonsis que necesito?

—Sí señor.

—¿Y en mucho número?

—Correspondiente al valor de las alhajas que sirvan de fianza.

—¡Alhajas, pícaro! ¡alhajas!... ¿y te atreves á exigir condicion semejante de tu rey?

—¡Líbreme el cielo de tan criminal orgullo! V. A. puede disponer como absoluto dueño de todos mis recursos... ello es positivo que los adelantos hechos al rey vuestro padre y al señor de Alburquerque en gran manera me disminuyeron los pecuniarios; pero á falta de capitales disfruto algun crédito con los mercaderes de mi tribu, y me precio de hábil manejo para semejantes negocios.

— ¡Valiente manejo, encontrar dinero sobre prendas!

— Mucho mas sátrapa y sutil de lo que puede V. A. sospechar. El oro es de suyo receloso y tímido, escóndese al menor grito de alarma en el corazon de la tierra, y como está amenazado el barrio de un desapiadado saqueo...

— ¡Qué es lo que dices, hombre!

— Nada mas que la verdad, observó Alburquerque: la ciudad se halla próxsima á un tumultuoso levantamiento, y los mismos que con tanta insolencia nos juzgan incapaces de gobernar, reuniéronse en consejo y mandaron prender en nombre vuestro á honradas gentes y á valientes caballeros.

— Añadid, señor, interrumpió el judío, que no sin mala intencion sublevaron al populacho. El deseo de que arruine y maltrate á los hijos de Israel, y la ambicion de alejar de los negocios á un monarca á quien suponen espantadizo y menguado, les ha sugerido el diabólico ardid de deslumbrar con la esperanza del

pillage á los hombres mas andrajosos y peor intencionados de Sevilla. Acúsannos tambien del celo que manifestabamos en favor del rey difunto suministrándole dinero cuando Gutierre, el director indigno del tesoro, desperdiciaba el de las arcas reales para acudir al regalo de Leonor de Guzman y sus bastardos.

—Pues qué, ¿era Gutierre amigo suyo?

—Y con tal estremo, que todo lo sacrificaba á sus caprichos. Nosotros al contrario, nos preciamos de leales á V. A., y deseamos servirle, aunque resueltos á tratar directamente con vos y en manera alguna con ese hombre que se burla de las palabras que da ni mas ni menos que de las escrituras que firma. Ahora ensaye diestramente á sus verdugos, ahora prepare nuevas máquinas ó invente mas infernales suplicios, no logrará desenterrar los tesoros de mi tribu, antes bien cada zurriagazo de la penca, cada vuelta del áspero dogal hundirálos con mayor fuerza en las profundas entrañas de nues-

tra madre comun. Pero si en vez de recurrir á medios tan bárbaros se digna V. A. estender sobre nosotros una mano paternal, no tiene mas que ordenar al que custodia el tesoro que traiga las riquísimas pedrerías que guarda bajo cien llaves, y dignándose confiar una parte de ellas al humilde esclavo en quien depositan su confianza los buenos del pueblo escogido, como garantía mas bien contra las violencias de sus enemigos que de resguardo de las cantidades que se adelanten, llenos vereis los cofres y preñadas de áureas doblas las arcas del real tesoro...

— Alza del suelo, dijo el monarca sumamente regocijado de tan espléndida oferta. Lisonjeras son tus palabras, y si á ellas corresponden los hechos puede contar con mis favores la descreida grey. Y supuesto que basta para lo que me dices espedir una orden al guarda del tesoro...

— Es indispensable tambien, añadió el judío, una voluntad decidida de obligársela á cumplir, que no será flaca por cierto la resistencia que oponga...

— ¿A tanto ha de llegar su osadía?

— Y á contestaros el derecho de disponer de vuestros bienes sin prévio consentimiento del consejo de los grandes. Si le pedís las alhajas desobedecerá la orden, y si le pedís dinero dirá que lo espereis de las cortes.

— ¿Oyes, Martin?... lo propio me respondió mi madre al mostrarle la escasez de mis erarios.

— Otro tanto alegaría el adelantado y cuantos títulos de Castilla tengan conocimiento de vuestra justísima demanda.

— ¿Y llaman á eso reinar?

— Bien al contrario, esclamó el judío; esto es ser esclavo de la Guzman, juguete de los bastardos...

— ¡Primero morir!... venga acá esa orden, Martin, y deja que la firme para que inmediatamente la lleves á ese pícaro... á ver si se atreverá en efecto á resistirla.

— Bien pudiera ser que sucediese lo contrario, pero como tengo una exacta enumeracion de las alhajas de la corona,

dudo que le sea posible presentarlas por completo. Milagro fuera que no hubiesen tentado con su brillo la presuncion de Leonor, ó la suma galantería del gran maestre.

— ¿Y puedes presumir que hubiese cometido la perfidia de entregárselas?

— Solamente para que brillasen en festines y torneos, bien que no habrá creido á propósito recordárselo si por acaso les pasó por alto la restitucion.

— Allá lo veremos, respondió el rey al tiempo que ya salia don Martin; dáme acá esa lista para que le sirva de dogal.

— Ahí la teneis, señor, y creed que me engaño mucho si la cadena en que termina no es la misma que me trajo para empeñar no ha muchos dias el almojarife de la altanera Guzman.

— Como verdad sea, yo te aseguro que se han de arrepentir de tal perfidia.

— Cuando se confiaba la custodia del tesoro á un israelita de corazon sencillo, austeros principios y modestas costumbres, siempre pronto á mirar por los in-

tereses del reino, á suministrar al monarca oportunísimos tesoros...

— Parece que te diviertes en hacer la apología de tí mismo, astuto descendiente de Judá, interrumpió el rey con sardónica sonrisa.

— No de Judá, señor, replicó el hebreo sin alterarse, pues todo el mundo sabe que descienden los israelitas de España de las tribus nobilísimas y puras de Benjamin y Leví.

— Es decir, buen Samuel, que te precias de hidalgo entre los tuyos; pero ahí viene Martin, y si no me engaño con rostro algo desabrido. ¿Y bien?

— Ha rehusado obedecerme, diciendo que va á dar cuenta al consejo de tan arriesgada demanda.

— ¿Qué quiere decir demanda? gritó el rey con furia.

— ¡Pues; de la demanda que el rey de Leon y de Castilla se atreve hacer al omnipotente Gutierre!... murmuró el judío con venenoso sarcasmo.

— ¿Y la reina es la que todo lo ar-

regla? ¿la que ha de tener un consejo sin que yo no le sirva de otra cosa que de estorbo?...

— Ahora mismo iban á convocarse, llevando al frente el adelantado Lope de Avendaño.

— El amigo íntimo del maestre de Santiago, observó Samuel.

— Quise detenerle un momento, prosiguió Alburquerque, en favor de un vasallo de mi padre encarcelado por su orden sin otra causa que la de tenerle cierta ojeriza indigna de un pecho noble. Habléle en nombre de V. A., y sin embargo...

— ¿Ha rehusado tambien?

— Diciendo que someterá igualmente á la sabiduría del consejo...

— ¿Y en dónde se convoca el tal consejo? preguntó don Pedro temblando de cólera y rechinando los dientes.

— En el cuarto de la reina.

— ¿Qué gentes le hacen la guardia?

— Los alabarderos de la villa, de quien es Ruy-Diaz capitan.

— Basta, repuso con aire feroz y resuelto; ahora verán si han de haberlas con un desbarbado mancebo ó con un enérgico varon. Espéranos aqui, Samuel, y tú vente conmigo, Martin.

CAPITULO VII.

El consejo de la reina doña María.

Doña María de Portugal, viuda del rey Alfonso el onceno, fuera durante la vida de su esposo objeto tierno de amor y compasion comun. Comparar solian las gentes de aquella época la suerte de esta distinguida señora, reducida siempre á la soledad y escasez, con el brillante destino de la favorita que usurpaba sus honores, insultando con su esplendoroso séquito la pública miseria. Exaltaban donde quiera el mérito de la una para despreciar el orgullo de la otra, y si bien en semejante paralelo mas se dejaban llevar de cierta envidia contra la Guzman que de verdadero entusiasmo por la esposa de don Alfonso, á fuerza de recrearse en semejante pintura vino á formarse la reina una especie de opinion

no solo en las clases ínfimas del Estado, sino entre los grandes que se preciaban de amar el público recato y las buenas costumbres. No es decir que estuviera doña Leonor de Guzman exenta de todo defecto; pero la reina era acaso mas culpable, puesto que en vez de las virtudes que debieran hacerla amar en su desgracia, abandonábase á la índole de un carácter envidioso y dañino, que imprimiéndose en cierto modo en el heredero del trono, hizo de él un monarca vengativo ó desapiadadamente justiciero.

El mas ilustre de los personages que componian el consejo privado de esta dama era el que llamaban adelantado de la frontera por tener bajo de su dominio las floridas provincias de Andalucía y Murcia. Ademas del gobierno de las plazas fuertes, que servian de baluarte á tan importante línea, competíale el mando de los aguerridos tercios que mantenian porfiada guerra aun en tiempos de paz con los pueblos fronterizos del

morisco rey de Granada. Los demas vocales, si bien no comparados á este en la importancia de su alta dignidad, pertenecian á la grandeza castellana, y hallábanse á la sazon revestidos de los mas ilustres cargos de Sevilla. Notábase entre ellos el respetable prelado de esta antigua metrópoli, que osaba disputar la primacía al que con pública aceptacion ocupaba la silla de la imperial Toledo, y los Benavides y Paredes, que veces tantas alcanzaron de los moros completas é inesperadas victorias. Creíanse estos señores que de concierto la reina con don Juan Alonso de Alburquerque los reunia en su alcázar para tomar solemnemente las riendas del gobierno bajo pretesto de la edad sobradamente tierna de su hijo, por lo que despues de haber formado mil planes públicos ó secretos de ambicion ó de venganza, rigorosamente apoyados en este supuesto principio, quedáronse atónitos al ver que con iracundos ojos y atropellados movimientos levantábase sobre el trono para decla-

rarles qne solo se trataba de una injuria personal, por la que exigía pronta y ejemplar venganza. Gonzalo-Gomez, su privilegiado escudero, habia sido vilmente asesinado la noche antes en las calles de Sevilla, crímen que miraba como un atentado atroz contra ella misma, y del que pretendia averiguar en continente los autores y cómplices. Si bien tan impensada salida cortó los vuelos á la cortesana ilusion de los circunstantes, tomaron al parecer grande empeño en el infausto suceso que les anunciaba la reina, y preparáronse para pronunciar terribles anatemas y proponer eficaces medios, cuando abriéndose á deshora las sonantes puertas de la magnífica estancia, dejóles inciertos y aturdidos la imprevista presencia de don Pedro. Impetuosos eran sus pasos, provocativo su mirar, bien que tropezando con el indignado rostro de la autora de sus dias disminuyóse algun tanto aquella insolente audacia.

— Hijo mio, dijóle esta señora, ocupados nos veis en el arriesgado negocio

de afirmaros en el trono contra la recia ojeriza de nuestros comunes enemigos. Ellos me han ultrajado en la pasada noche...

—¿Y me juzgais menos digno que esos hidalgos de reparar vuestras afrentas?... Las siento cual si dirigidas fuesen contra mi propia persona, y quiero entregaros la impúdica Leonor de Guzman para que os deleiteis en pronunciar sobre su suerte. Harto sé que toda la sangre de esa infame reparar no puede las lágrimas que os ha hecho verter, pero yo seguiré arrojándoos uno por uno sus bastardos, á fin de que vengueis en su traidora cabeza tan largos años de privaciones y oprobios.

Dificil seria pintar la desagradable impresion que produjeron estas furiosas y desconcertadas razones en el ánimo de los circunstantes. Pronunciadas con evidentes indicios de un carácter naturalmente provocativo é indiscretamente justiciero, revelaban eternas y desabridas discordias al vasto reino, en cuyo desgarrado seno

hervian ya poderosos elementos de guerra civil. Ninguno de ellos hallaba espresiones bastante eficaces para desahogar los recelos de su pecho, hasta que ofendido de la especie de mengua que denotaba este silencio, atrevióse á romperlo Benavides, personage encargado del gobierno de Sevilla.

— Paréceme, señor, que el reino no carece de sabias leyes ni de sesudos magistrados, para que V. A. haya de tomar por su propia mano venganza de sus enemigos.

— Y aun cuando os asistiera este derecho, añadió el adelantado general de la frontera, considerar diebiérais que los hijos de Leonor de Guzman lo son tambien del invicto rey don Alfonso, y que si no os hablase por ellos la sangre que circula en vuestras venas, la salud del reino debiera haceros mas cauto en provocarlos. Dueños, señor, de numerosas villas, de fortificados é inexpugnables alcázares, soberanos de infinito número de gentes entre las cuales abundan diestros

caudillos y resueltos caballeros, diéran-nos mucho que entender si levantasen los pendones é hiciesen bajar de la sierra sus aguerridas mesnadas. No os ofendais de la energía de un lenguage hijo de la lealtad de un antiguo vasallo, pues que llamado al honor de tomar asiento en este ilustre consejo...

— ¿Y quién te ha conferido, Lope de Avendaño, tal honor? interrumpióle el rey con su irritante sonrisa.

— La reina vuestra augusta madre...

— ¿Y te ha conferido tambien el honroso empleo de que defiendas los bastardos?

— No por cierto, esclamó la reina sumamente encolerizada; estaba yo muy distante de tal perfidia.

— Pues ahí vereis, señora, de qué pie cojean los consejeros que escogísteis, continuó el rey con provocativo sarcasmo; y por cierto que me place haberos súbitamente ofrecido una ocasion en que reconozcais todo su mérito.

— Mis intenciones, esclamó el ade-

lantado, son las de un vasallo leal que únicamente aspira al bien de vuestro servicio.

—¿Y exigía el bien de mi servicio, fidelísimo don Lope de Avendaño, que desoyeras al ilustre primogénito de Alburquerque cuando te hablaba en mi nombre? ¿y será justo que te dé gracias de esa petulante insolencia ni mas ni menos que de la impertinente leccion que en nombre de la salud del Estado ante estos señores me diste?

—No señor, replicó el adelantado montando en cólera, porque sabré castigarme de un esceso de lealtad desterrándome para siempre de vuestra corte. Solo suplico á V. A. que alivie mis hombros del grave destino que merecí á las bondades de su ilustre antecesor.

—No hayas miedo de que te rehuse una gracia que con tanta sumision me pides... ni seré yo, don Lope, quien te impida partir para tus tierras y llevar en ellas vida solitaria y pacífica... hinca la rodilla, ilustre primogénito de Alburquer-

que, y besa la mano de tu amigo y de tu rey en premio de conferir á tu fidelidad y esfuerzo el adelantamiento de la frontera.

— ¡Cómo se entiende! esclamó la reina entre enojada y confusa; ¿un empleo de tanta consideracion y trascendencia encargarlo á un jóven, si bien reputado de valiente, sin las luces todavia necesarias para el arte de mandar?... Yo proveeré en quien merezca...

— Lo he provisto ya, señora, y mi voluntad es ley.

— Pero estoy persuadida de que no será tanta la audacia de don Martin...

— Ilimitada, invencible, interrumpió con fiereza el caballero, cuando se trata de obedecer á mi señor y á mi rey. El Dios de nuestros padres protegerá nuestra juventud en gracia de las laudables intenciones que nos alientan por la prosperidad de los pueblos y la estincion total de los moriscos.

— ¡Oh! todo lo llevaremos á cabo reconcentrando el poder bajo mi cetro...

— Pues ya que vuestra madre, dijo la reina con mal reprimida furia, no es mas que simple vasalla, sin percibir recompensa alguna de los sufrimientos continuos que la obligó á devorar la insolente cortesana, hacedla justicia á lo menos como rey, y procuraré olvidar que me hayais súbitamente negado el respeto de buen hijo. Justicia, digo, contra los asesinos de mi primer escudero, y exijo que en medio de los mas horribles tormentos se les arranque la confesion de cuáles fueron sus cómplices, que no dudo jueguen gran papel en tan tenebrosa tragedia la Leonor y los bastardos.

Al eco de acusacion tan imprevista, pronunciada con manifiestas señales de un indecoroso rencor, bajó modestamente los ojos don Martin, y brilló en las facciones del rey cierta complacencia sardónica que las alteraba, revelando ser cosa para él de pasatiempo asesinar á un hombre que por su ambicion ó petulancia le habia directa ó indiscretamente ofendido. Por lo demas, sin que en nada le conmoviesen las

palabras de la reina, volvióse á don Alvaro Benavides, respetable adalid de Castilla, gobernador, segun digimos, de aquella insigne ciudad, diciéndole que á él tocaba la pronta indagacion de tal negocio.

— No dejaré piedra por mover al efecto de averiguarlo, satisfizo el caballero.

— Cuento con esa eficacia, pero ya ves cuán á pechos lo ha tomado la reina, y debes traslucir por consiguiente que te podria ser funesta una indolencia culpable. Lánzate por esas calles, indaga, pregunta, averigua... si hallas al asesino lo mandas ahorcar en mi nombre, si no lo encuentras... te mando ahorcar á tí...

— ¡A mí, señor! ¿y no sabe V. A. que por mucha que sea mi diligencia es harto posible que se escape el delincuente?

— ¡Escaparse!... ¿y dónde estarian entonces esas sublimes leyes y esos profundos magistrados de mi reino? Hé aquí cuánto importa que el amo atienda á sus negocios sin contar con mucho en la decantada sabiduría de los viejos. Sobrado lo sabia yo antes de venir á poner tér-

mino á vuestro cómico consejo; pero muy presto manifestaré al mundo lo que vales y lo que valgo. Como no alcances antes de la noche al asesino, sufrirás el castigo que te indiqué, sin que haya poder en el mundo que lo pueda revocar. Síguele tú, gran prevoste.

Súbito terror pintóse en el rostro de cuantos componian la interrumpida asamblea. Salió Benavides acompañado del justicia mayor, y echáronle todos una compasiva mirada en tanto que atravesaba con vacilante paso aquel suntuoso aposento. Confuso con lo que veía, y sintiendo en su corazon que se abandonase el rey á tan desatinada cólera, meditaba don Martin los medios de inspirarle mas cordura y atajar el torrente de su indignacion indiscreta.

— ¿Qué es lo que tienes? díjole don Pedro: ¿no te ves con fuerzas para la nueva dignidad de adelantado general? Alza con arrogancia la testa, y no creas que á la sombra de tu rey se atreva persona alguna á disgustarte. ¡Hola!... señor Ruy-

Diaz, veterano capitan de alabarderos, éntre con ellos en este salon, y écheme mano al señor guarda del tesoro para que aprenda á respetar mis órdenes. ¿Me oiste? ¿ó te han salido tambien canas en las orejas?

— No es eso, señor, respondió el anciano con trémulo y pundonoroso acento, si no que no compete á un caballero meter mano en las odiosas atribuciones del prevoste.

— ¿Y tendrias tú esos escrúpulos de monja? preguntó don Pedro á uno de los soldados que habian entrado, cuya elevada estatura, recios miembros y desvergonzado gesto indicaban á tiro de lanza un hombre siempre dispuesto á perseguir y acometer.

— No por cierto, respondió con acento berberisco: llámanme el Zurdo, soy natural de África, y sírvese de mí el prevoste para casos que piden empedernido corazon y sangre fria.

— ¡Bravo! desde ahora te nombro, en vez de Cabeza de Vaca, capitan de

alabarderos. Lo primero que has de hacer es echar mano á ese hebreo de Gutierre, y llevar á mi aposento las arcas en donde depositadas tiene las joyas de la corona.

Sumamente pagado de su ascenso, cuanto deseoso de manifestar al rey resolucion y ardiente celo, echó mano al custodia del tesoro, y metiólo de un empellon entre los soldados con gran complacencia y pasatiempo del vengativo monarca. Con mustio semblante, y fijos los ojos en el suelo, retiróse Ruy-Diaz para no ser testigo de nuevos desacatos; pero detuvo la reina sus pasos con estas imperiosas palabras:

— Aguarda, que sin duda ignora mi hijo que te he nombrado yo misma capitan de ese escuadron, para que me haga pasar por la afrenta de que se revoque la orden.

— Empleadlo si os place en vuestro particular servicio, replicó el rey sin mirarla; pero absteneos de mezclar vuestro dictámen en cosas pertenecientes al régi-

men de mis Estados. Ahora verán los que incapaz me juzgaban de gobernarlos...

— Desatinos, tropelías, locuras... hé aqui, gritó la reina, lo único que contemplarán en vuestro infantil gobierno...

— No me acusarán por lo menos de ser juguete de nadie. Dispondré de mi autoridad, y daré impulso á mis tesoros sin que nadie se abrogue el escandaloso derecho de contrariar mis caprichos y negarme pasatiempos correspondientes á mis años...

— ¿Y es ocasion de acordaros de ellos cuando yace todavia en el féretro el cuerpo del rey difunto? ¡Ah! ¡si estan secos vuestros párpados para verter lágrimas sobre sus despojos, respetad á lo menos el luto de una desolada viuda!...

— Paréceme sin embargo, replicó don Pedro con su sonrisa ordinaria, que me habeis suficientemente enseñado á respetarlo y quererlo para que tema que os parezca fuera del caso esta indiferencia mia. Pero sea como fuere, no ha de privar vuestro luto que se abran las puertas del alcázar á mis vasallos para que ven-

gan á pedirme justicia, y borren mis justas sentencias las perversas voces que gentes ambiciosas y malsines en orden á mi carácter esparcian. Quiero que formen en derredor mio esplendoroso círculo las damas y los cababalleros, que embellezcan mi corte el culto gracejo y la noble galantería, y que se eleve la sociedad sevillana al rango que ocupan las de París y Venecia. Ea, vente conmigo, Martin, y dejemos en libertad á estos señores, hasta ver si obran de suerte que les haya de alcanzar el brazo de mi justicia.

Salieron de la estancia, quedando los individuos del consejo como asombrados de un rayo que hubiese caido en medio del privilegiado círculo. Sobre todo, la reina no podia digerir aquel tropel de afrentas y el repentino paso de autoridad tan suspirada á esclavitud tan odiosa.

—¡Ruy-Diaz! ¡buen Ruy-Diaz! esclamó al fin traspasada de amargura: ¿habrias podido suponer en mi hijo semejante ingratitud?

— Nada me admira, puesto que tanto V. A. como el señor de Alburquerque despreciaron largo tiempo mis avisos. Ya no es ocasion de aprovecharlos, y como me hallo tambien sin destino en el alcázar, no llevareis á mal que me retire.

— ¡Ah! no lo hagas, que nunca tuve tanta necesidad de tus consejos...

— Aun cuando en mi mano estuviese el darlos, sé que no estaria en la vuestra el admitirlos.

— Muy al contrario, Ruy-Diaz; solo deseo para ponerlos en práctica que francamente los indiques. No vuelvas con desabrimiento el rostro... habla, ¿qué debo hacer?

— Refugiaros en un claustro...

— ¡Qué pronuncias! no esperes que me someta á tan caprichoso dictámen.

— ¡Harto lo sabia yo!...

— En efecto, porque seria la mayor sandez dejar las riendas del gobierno en manos de ese mozo arrogante y casquivano. Conózcolo mejor que tú, y sé que su valor solo consiste en bravatas. Algo

temo la prevision y la sagacidad de don Martin, pero yo haré que sea breve el período de su funesta privanza. Monta á caballo, buen Ruy-Diaz, corre al encuentro del señor de Alburquerque, que al frente de los caballeros que conducen los despojos de mi difunto esposo habrá ya llegado á Medina-Sidonia, y cuéntale lo que has visto, y mándale abandonar en mi nombre la comitiva fúnebre para precipitar su marcha hácia Sevilla. No olvides que depende todo de tu ligereza, y depon el funesto recelo de que sigan esos dos barbilampiños en su despótica marcha. No pierdas de vista que la que de tí se fia ha sido desgraciada esposa y empieza á ser actualmente desgraciadísima madre... y mucho menos que me hallo rodeada de enemigos, cuyo sangriento puñal á cebarse empieza en mis mas leales servidores... ¡Gonzalo-Gomez! ¡Gonzalo-Gomez!... ¡ah! pues contemplas, Ruy-Diaz, mi desesperacion y mis lágrimas, yo te conjuro para que en este momento de crísis no me abandones.

— Voy, señora, á obedecer vuestras órdenes, respondió el buen anciano imprimiendo respetuosamente sus labios en las manos que le alargaba doña María; pero tened entendido que despues de haber desempeñado esta comision importante adoptaré en mi propio beneficio el consejo que ahora os dí. Un sayal tosco, un apartado monasterio serán suficientes al reposo de mis canas, desde donde rogaré al cielo que no tengais que arrepentiros de haber despreciado mi último saludable aviso.

CAPITULO VIII.

Don Fadrique.

DETENIDO toda la mañana en el alcázar por los deberes de la sublime dignidad á que el rey acababa de elevarle, maldecia el primogénito de Alburquerque el influjo del mando y la pompa de las grandezas que le privaban de correr á las plantas de la hermosísima Padilla. Fue con todo necesario ayudar primero al rey á poner en orden los muchos talegos que le trajo Samuel Leví, puesto que era ya un placer para el soberano de Castilla el contemplar y colocar simétricamente aquellos tesoros. Chispeaban sus ojos de lujuria hablando á su amigo de doña Juana de Castro y doña Aldonza Coronel, al paso que encerraba éste cuidadosamente en su pecho el secreto de sus ardientes amores. Temblaba solo de pensar que instruido el impetuoso monarca de

que encerraba Sevilla una beldad mil veces preferible á las que tan fácilmente lo inflamaban podria poner en movimiento todos los medios de seducirla y deslumbrar á la lindísima doncella por la brillantez de su conquista, titubear entre la gloria de aherrojar un rey y la modesta ambicion de haber fijado á don Martin.

Tuvo por último ocasion de salir del vasto alcázar, y envuelto en una capa obscura atravesó las calles para dirigirse á la morada de su querida. Con el brillante empleo que le habian conferido ya solo de él dependia poner en libertad al comendador de Hinestrosa, libertad empero que se propuso retardar algun tanto á fin de evitar este importuno testigo en su próximo coloquio con María. Ardiendo en deseos de verla, de hallarla sola, de pintarla con fervoroso acento la irresistible fuerza de su cariño, atravesaba con rápido paso las arabescas calles de Sevilla, hasta que contemplando ya algo inmediata la habitacion de su querida, vió salir de ella á un desconocido y perderse

entre varios grupos de gentes que se paseaban á cierta distancia. Inquieto de quién podia ser, apretó el paso para alcanzarle, y al volver la primera esquina topó con él y reconoció al ciego Matías disputando con unas mugeres del vecindario. Algunas palabras sueltas, recogidas por azar en esta cómica querella, escitaron su curiosidad, bien que el temor de ser descubierto obligóle á proseguir su camino. Llegó á la puerta de la casa de Hinestrosa, y al entrar preguntó á Paloma quién era el hombre que acababa de salir.

— Es mi marido, respondió la muchacha.

— ¿Matías el ciego? ¡valiente pícaro!...

— ¿Tan á fondo lo conoceis, señor?

— No por cierto... ¿dónde quieres tú que lo haya visto?... pero la muger que me hablaba esta mañana decia que él tuvo la culpa de la prision del comendador por haber introducido en tu casa el infante don Fadrique.

— Pues no fue mi marido quien lo trajo...

— ¿Luego ese gran maestre de Santiago ha venido alguna vez?

— Estas no son cuentas mias, repuso la muchacha sumamente turbada; otros hicieron el mal, y echan sin duda la culpa al pobre que no la tiene.

— Háblame con sinceridad, Paloma, replicó el mozo esforzándose en disimular sus iras: yo te prometo mostrarme generoso contigo.

— Repito que mi Matías no tiene arte ni parte en tal asunto, que no se mezclaba en cosa alguna, y que toda su intervencion se reducia á llevar al maestre sin luz hasta la plaza de san Francisco, donde dejaba sus gentes cuando venia de noche...

— ¡De noche, pícara! interrumpió el jóven sin poder reprimir la cólera... como inmediatamente no me digas quién se atrevió á introducir en casa de doña María sin conocimiento de su tio ni de su hermano don Diego á...

— ¡Qué! nó señor: bien al contrario; era el mismo don Diego el que conducia al infante...

— ¿Sin que se opusiese el comendador?

— Antes rebosábale la alegría por el cuerpo.

— ¿Y tu señora? siguió preguntando, aunque con tímido acento.

— ¡Oh! respecto de mi señora, no lo ha visto mas que una vez, y esto por casualidad. Encerrábase siempre que el otro venia en su aposento, sin que fueren parte para obligarla á salir las amonestaciones del tio y las instancias algo mas vivas del hermano.

— Refiéreme por tu vida cómo empezó este conocimiento, y qué causa habia para que el maestre les visitase á tales horas.

— Por la Vírgen, señor, que me repugna el hablar contra mis amos; pero no puedo dejar de advertiros que don Diego es hombre de poco valer, aficionado á tabernas y á pasar las noches con rufianes

y mugercillas. Sin duda en tales garitos contrajo conocimiento con el Zurdo, cierto capataz de maceros del alcázar que anda perdido de amores por vuestra humildísima sierva. A la cuenta debió de ver el tal Zurdo la incomparable beldad de doña María, puesto que le sorprendí en diferentes cuchicheos con su turbulento hermano acerca del modo de traer al infante para que conociese á tan ilustre doncella. Digo, pues, que como macero del alcázar no dejaba de tener con él alguna conexion y saber á fondo todas sus trazas y aventuras. Por esto aconsejaba al don Diego ocultar semejantes visitas á fin de que no llegasen á oidos de doña Aldonza Coronel, dama que anda perdida por el maestre, y es muy temible cuando la irritan los celos. De consiguiente, bien tomado el pulso á este negocio, afirmóse el Zurdo en que solo de noche podia y debia acompañarlo.

— Dígote, esclamó Alburquerque, que el tal don Diego es un infame, un caballero desleal...

Pero escapándosele esta indignada esclamacion con alguna vehemencia, oyóla doña María, y saliendo al momento de su estancia para saber quién gritaba, vió á don Martin, y llena de alborozo corrió á su encuentro.

— ¿Dónde está mi tio? preguntóle con infantil ternura: ¡ingrato! creí que me lo traeríais, y venís para anunciarme tal vez que no puede salir de la prision.

— Vengo para tener contigo un momento mas de libertad, pues me importa sobremanera hablarte á solas.

Asi diciendo, hizo seña á Paloma de que se alejara, y metiéndose con su amada en el salon empezó á dar grandes vueltas mientras pintábanse en su varonil semblante las mas contrarias pasiones. Mirábalo al soslayo la atónita doncella, y temblaba interiormente al contemplar la súbita alteracion de su espresivo rostro. Deseaba sin embargo que le manifestase sus cuitas, y sin atreverse á pedirle cuenta de ellas iba siguiendo con dulcísimos ojos sus varios movimientos, al paso que le

latía tímidamente el corazon cada vez que golpeaba con su planta la alfombra del pavimento. Detúvose al fin delante de ella, y arrojándole una ojeada de indignacion, díjola que todo lo sabia, que no se ocultaban ya á su perspicacia las repetidas visitas que en desusadas horas habíala hecho el infante.

— Y bien, señor, respondióle con virginal simplicidad, ¿qué encontrais de malo en que el comendador y don Diego tratasen de merecer y captarse los favores del gran maestre de la orden, el hijo favorito del rey, y por quien delira doña Leonor de Guzman? Si considerais cuánto sufrió nuestra familia por adicta á la vuestra, y que la misma señora de Alburquerque, que tierna y generosamente me queria, no dudó aconsejarnos que nos valiésemos de semejante medio...

— ¡Qué es lo que dices! ¿mi madre aconsejarte contraer conocimiento con mozo tan relajado y libertino?...

— Sin duda no me comprendeis, señor... os hablo del príncipe don Fadrique,

el gran maestre de Santiago, caballero, segun es fama, sumamente culto, y ademas algo íntimo de mi hermano...

— Pues ese hermano, María, ha cometido en traéroslo una accion indigna de vuestra cuna.

— Pero si no habeis olvidado que desde que vuestra madre se retiró á Sahagun quedamos espuestos á la ojeriza de la corte, sin otro motivo que haber formado parte del partido de Alburquerque, no debereis estrañar el empeño de don Diego en procurarse alguna proteccion de parte de los hijos de la dama favorita. Hacia algun tiempo que habiamos ido enagenando nuestros bienes para mantenernos con la decencia debida; mi tio solicitaba en vano otro destino de su orden á fin de poderlo pasar con mas ensanche, y como creyó alcanzar esta gracia por especial favor del maestre, no es mucho le tuviera cierta consideracion y le admitiese en su casa.

— Repito sin embargo que ese protector es hombre relajado y peligroso, y que vuestro hermano procedió muy de ligero...

— Moderad por Dios un lenguaje que me ofende. Desgraciado ahora, sin prestigio y sin poder, preséntase don Fadrique en el mundo á manera de un personage proscrito, á quien se deben toda suerte de atenciones. Si en tiempos de su grandeza no se desdeñó de proteger á los Padillas, ¡cómo quereis que lo desechemos cuando mas necesita de la gratitud de sus amigos!

— No quiero tanto, María; pero la fama de ese príncipe en orden á su belleza, prodigalidad y galanterías, háceme temer por una familia ambiciosa cual la vuestra...

— Suposicion indigna de entrambos, don Martin... ni mi familia ignora que el maestre de Santiago no puede contraer matrimonio con nadie, ni ha olvidado tampoco lo que se debe á sí misma. Aun resuenan en los salones de nuestro antiguo castillo las palabras de aquel maestre de Calatrava que supo preferir una muerte ilustre á una vida vergonzosa.

— Admiro, amable niña, el temple

de vuestra alma, acreedora por mil títulos á mi pasion y respeto. ¡Ah! vuestra familia ha sufrido en efecto largo tiempo por sus conexiones con la mia, y es muy justo que procure recompensarla. La amistad con que me favorece el príncipe me abre vasto campo para atender al reparo de sus urgencias, y puesto que tiene vuestro tio fundados derechos á que le nombren uno de los primeros comendadores...

— ¡Ah! no espongais vuestra privanza por el deseo de favorecer á una familia infeliz...

— ¿A qué viene, María, este generoso cumplido? ¿estarias enojada por haberte hablado con alguna libertad?

— Paréceme que no, respondió sonriéndose, aunque no puedo dejar de deciros que hace poco advertia en vuestras facciones no sé qué indicios de dominacion que ocultaban á mis ojos el amigo de mi infancia.

— ¿Y no me disimularás un involuntario movimiento de despecho en gra-

cia del recelo de que hubieses podido amar á don Fadrique?

— ¡Disimularlo!...

— Disimularlo, olvidarlo, concederme, dulcísima María, un generoso perdon...

— ¿Y quién negarlo pudiera á caballero tan digno de ser querido?...

— Revélame ademas, ángel consolador de mis agitados dias, si algun paladin mas dichoso que el maestre ha tenido la incomparable fortuna de hacerte sentir un amoroso cariño...

— No sé qué os diga, satisfizo la doncella echándole una tiernísima mirada; acaso percibo en lo mas recóndito de mi pecho cierto inesplicable movimiento de ternura por el único caballero digno á mi juicio de inspirarla. Pero al considerar que debe el sér á un señor de vasallos, no menos opulento que orgulloso, dificulto que me sea dado labrar su dicha ni unir mi suerte á la suya.

— Y si á pesar de tan intempestivo recelo no dudaba en asegurarte su fé sin que de obstáculo sirviesen las pompas de

la grandeza ni los vanos títulos de mas afortunada hidalguía, ¿hallaríaste dispuesta á sacrificarte por él y á jurarle eterno amor?

— ¡Ah!...

— ¿Qué serian entonces para entrambos las cárceles, las cadenas ó la muerte? ¿qué serian el rencor de las familas ni las violentas persecuciones de los que quieren en estos ominosos dias de disipacion y discordias sacrificarlo todo al orgullo y al poder?

— Débiles barreras, amigo mio, si consistiese la desgracia de entrambos en el capricho de sus parientes ó tutores; pero recuerdo por mi desgracia que existe cierta razon en favor de ellos, que acusarme pueden de haber cortado los vuelos á una fortuna colosal, y no sé qué secreta repugnancia me aparta entonces de mi suspirada dicha.

— ¡Suspirada!...

— En efecto, porque las primeras impresiones de la vida las recibí junto á tí, y no hay objeto en el mundo ni idea

en mi imaginacion que no guarden cierta armonía con tu caballerosa persona.

— ¡Qué oigo!... ven, ven á mis brazos, delicioso amor mio, y recibe en ellos el juramento eterno de no amar, no respetar en el mundo sino á tí. ¿Por qué lloras? prosiguió imprimiendo tiernamente los labios en sus ruborosas lágrimas; ¿dudarias tal vez de mis palabras y del pundonoroso cariño que me las hizo proferir?

— No, no dudo, pronunció con tímidos sollozos la doncella.

— ¡Ah! ¿seria que no me amases? ¿que sintieses verte obligada á desvanecer la ilusion de mi fantasía?

— Tampoco...

— Pues ¡qué te detiene!... dime que no desprecias mi amor, que te dignas favorecer con tu ternura esta agitacion violenta que me inspiras, agitacion ¡ay de mí! que penetra hasta lo íntimo de mi alma y me convierte de repente en hombre desconocido.

— ¿Y es posible que al fin me exijas una confesion que harto te revela el llan-

to de mis ojos, la turbacion de mi rostro, el fuego de mis suspiros?... sobrado te ama ya esta infeliz para poderse prometer en el mundo la deliciosa paz de la inocencia, ni la que me proporcionó hasta ahora el vivir retirada y desconocida.

— ¡Desde hoy eres mi dama y mi señora! esclamó Alburquerque hincando una rodilla en tierra y besando con el ademan respetuoso de aquella época la orla de la leve túnica que dejaba traslucir los delicados contornos de María.

— Y tú, respondió ésta con encendido rostro y tímido acento, mi caballero y mi amante, la gloria de mis dias, la esperanza de mis inocentes ilusiones...

Inclinóse hácia él para levantarlo, pero recibiéndola en sus brazos estrechóla con generoso entusiasmo renovando la promesa de amarla siempre y de traer aquel mismo dia á su presencia al comendador de Hinestrosa.

Al salir encontró á Paloma, que sin duda, cumpliendo con los deberes de fiel y discretísima criada, habria estado escu-

chando el dulcísimo coloquio de nuestros apasionados amantes. Acercóse á don Martin con picaresca sonrisa, y rogóle, por demas cariñosa y zalamera, que pusiese en libertad á su inocente marido. Ignoraba al pronto el de Alburquerque quién fuese: pero en cuanto se acordó de Matías, sobrecogióle la desagradable idea de que si lo hallaba en aquella casa podria venir en conocimiento de haberle servido de piloto en la noche del asesinato de Gonzalo-Gomez, y poner al de Benavides en camino de averiguar el verdadero autor de semejante alevosía. Esto fué bastante para que recibiese con desabrimiento las instancias de Paloma, á quien prometió sin embargo poner al ciego en libertad, bien que bajo el supuesto de que arreglaria las cosas de modo que no se encontrasen ambos en aquella casa si no queria perderlo para siempre.

—¡Válate el diablo por la tema!... esclamó la doncella al verlo salir: ¿si habremos hallado otro Zurdo en tan vehemente caballero?...

CAPITULO IX.

LLENO entre tanto de celo y de pesadumbre, iba siguiendo en sus averiguaciones el gobernador de Sevilla, con el objeto de alcanzar los asesinos de Gonzalo-Gomez. Ya declinaba rápidamente el sol hácia su poniente sin que hubiese podido recoger indicio alguno acerca de tan misterioso suceso. Varias muertes violentas habíanse cometido en el bullicio de la noche pascual, puesto que la agitacion de un populacho estimulado con bebidas, danzas y comilonas, daba necesariamente pábulo á lamentables desórdenes. Tan pronto creíase marchar por la buena pista y soltaba sus alanos en la firme creencia de que iban á sacar el delincuente de entre la densa nube que lo envolvia, tan pronto desvanecíase esta esperanza marchando nuevamente al azar y dando principio á otras indagaciones igualmente pesadas, deslumbrantes é infructuosas.

Muerto de desesperacion y fatiga, y renegando interiormente de su menguada estrella, entró poco antes de anochecer en su casa, y encontró en ella al formidable Zurdo, reciente capitan de alabarderos, que de parte del rey venia á buscarle para que fuese á darle relacion del fruto de su deligencia.

— ¡Qué cuenta he de dar, triste de mí, esclamó el caballero, si á pesar de árduas fatigas no me ha sido posible sacar nada en limpio!

— Tanto peor para vos, respondióle el otro con voz algo brusca.

— Pero no dejará de apreciar S. A. el afan con que he cumplido sus órdenes.

— Ahorcándoos mañana mismo en medio de la plaza pública...

— Modera esa lengua, bribon... que si por un efecto de su mocedad pónese el rey colérico y profiere quizás espresiones irritantes, no por eso permite que un pícaro de tu laya insulte sin mas ni mas á un magistrado de Castilla.

— Allá lo veredes, repuso el Zurdo

retorciéndose los vigotes y mirando de arriba abajo con insolencia y desprecio al ilustre Benavides: digo que allá lo veredes...

— Sabe ademas, señor valenton, que para decapitar á un hombre de mi gerarquía es fuerza que se reunan los jueces de aquestos reinos, sin cuya aprobacion de nada sirve la sentencia del monarca.

— Pues mientras llega el momento de que le digais cara á cara estas lindezas, reparad allá á lo lejos en la elevadísima horca que se ha plantado de orden suya para que danceis entre sus aspas. Y no es esto lo mas chusco, sino que el pueblo sevillano bendice á gritos la justicia de nuestro rey y el suplicio que lo venga de vuestra pertinaz tiranía.

Volvió la cabeza el infeliz, y tropezaron sus ojos con un elevadísimo patíbulo. Aturdido de semejante espectáculo, iba dificilmente siguiendo á su conductor con la vista alterada, con la boca abierta, espantadizo el rostro y la planta vacilante,

cual si acabase de despertar de un terrible sueño, y dudase si dar crédito á sus horrorosos cuadros, ó efectivamente suponerlos diabólico parto de una fantasía delirante. Pronto empero le quitaron hasta la leve esperanza de semejante duda las inmensas oleadas del populacho, que complaciéndose en ver humillado al hombre que sabia poner término con férrea vara á sus escesos, corria á su encuentro para recrearse cubriéndole de blasfemias y de oprobios. Como no habia dejado de sufrir bajo el reinado de don Alfonso á causa de las continuas guerras, frecuentes epidemias, malísimas cosechas y superabundantes cargas para sostener el lujoso atavío de doña Leonor de Guzman y la espléndida pompa de su corte, prometíase maravillas del nuevo rey, y trataba de celebrar su exaltacion al trono tanto para dar rienda á su entusiasmo como para chocar en cierto modo con los hidalgos y los grandes, sumamente pesarosos de haber perdido un protector en el monarca difunto. Vistieron para esto una

estátua de palo, en la que creyeron reconocer ciertos puntos de semejanza con los rasgos de don Pedro, y despues de hacerla mas notable adornándola con rubia cabellera, colgaron de sus espaldas un manto real, y cubrieron su cabeza con resplandeciente corona. Levantáronla en seguida sobre una especie de trono correspondiente ni mas ni menos que las insignias reales al rústico carácter de aquel siglo, y poniéndoselo en hombros corrieron de calle en calle proclamando al jóven rey, precedidos de una cuadrilla de ciegos que respondian á tanta algazara con los festivos instrumentos de una música morisca. Detenidos al fin ante el mismo alcázar, vieron llegar al gobernador precedido del Zurdo y escoltado por cuatro maceros con semblante tan mustio y acongojado que formaba contraste casi ridículo con la severidad y la arrogancia que distinguieran en todas ocasiones á su poderosísima persona. Recibiéronlo con innumerables voces, palmadas y silbidos, cual se recibe en la plaza á un toro de

fea estampa y desacreditada bravura, y saliendo el ciego Matías de la alegre comparsa que capitaneaba, pidióle con humildad irónica una limosna.

— Anda tu camino, hermano, respondióle con resignado talante el caballero.

— No quisiera en verdad sin mereceros un cornado para beber á la salud del monarca y rogar á los santos que no dejen de asistiros en vuestros últimos momentos.

Nada respondió Benavides á esta desapiadada insolencia.

— Digo que para asistiros en vuestros últimos momentos, insistió el ciego, porque ya veis, buen Benavides, que nos asalta la muerte cuando menos se la espera. Tal hay que cree recibirla bajo dorado arteson, y lo alcanza la muy indina en medio de la plaza pública, y el que solo teme á la calentura y á los médicos perece á deshora bajo los golpes de un macero ó á las vueltas de un cordel.

Entregado al placer de la venganza, y satisfecho de sus propios sarcasmos oyendo en derredor las risotadas y aplausos que escitaban, no advirtió Matías que colgado del prisionero ni mas ni menos que un encarnizado mastin habíase ya metido en los límites del alcázar regio. Hízoselo notar el eco de su propia voz resonando por las bóvedas, y queriendo revolver para remediar su imprudencia sintió que lo levantaban asiéndolo vigorosísimamente por la cintura al mismo tiempo que oyó temblando la voz del Zurdo, que con su natural insolencia repetia: — No lo solteis, alabarderos; aprenda, voto á Lucifer, que el pícaro que se atreve á faltar de esta suerte al respeto debido á la magestad es justo que algo le alcance del sabor de la penca y del corbacho.

Entraba á la sazon en el alcázar el primogénito de Alburquerque, y abriéndose la guardia en dos líneas para facilitarle el paso, descubrió á Benavides pálido y avergonzado entre los cuatro maceros.

— ¿Qué es esto? dijo: ¿qué motivo hay para tratarlo con semejante rigor?

Figuróse Matías que se dirigian á él estas consoladoras palabras, y reconociendo en la voz á uno de los dos que habia conducido á la habitacion de Maese-Paolo, púsose á gritar con todas sus fuerzas que lo acorriese en tan negra desventura.

— ¡Miserable! interrumpióle el Zurdo dándole un recio espaldazo: ¿con tan poco respeto osas hablar al adelantado general de la frontera?

— Alejad de ahí á ese hombre, esclamó don Martin.

— El mismo es, el mismo sin que ya me quepa duda, repitió el ciego. Ea, señor estudiante, ved que soy el infeliz que os condujo...

Pero el Zurdo no le dejó proseguir, y acomodándole la mano en la boca para ahogar sus clamores, metiólo de un empellon en el obscuro y abovedado aposento en que solian hacer su rancho los alabarderos.

— ¿A dónde llevais al hidalgo Be-

navides? preguntó nuevamente el de Alburquerque.

— A la presencia del rey, señor.

— Pues encárgome yo de conducirlo, replicó tendiendo amigablemente la mano al magistrado.

Estrechóla Benavides entre las suyas, y empezó á seguir con mas aliento á su generoso conductor. Atravesando los arabescos salones del alcázar, notaba con estrañeza y desplacer que no se advertia por él ningun indicio de la muerte de don Alfonso. Encontrábanse donde quiera pages de alegre rostro y cortesanos de semblante risueño, prontos á ensalzar los caprichos del nuevo rey, no menos que á hacer alarde de un intempestivo gozo. En valde hubiera sido buscar algun resto de aquella corte tan circunspecta y brillante pocos dias antes, puesto que la que se habia repentinamente alzado sobre sus ruinas mostraba por todos sus ángulos cierta algazara irreflexiva y juvenil, anunciando á tiro de lanza una época absolutamente contraria á la por tantos siglos

señalada con la imponente gravedad de los monarcas de Castilla.

Despues de haber atravesado una prolongada hilera de estancias cubiertas con ligeros tapices, resguardadas por gruesas bóvedas del ardiente sol de Andalucía, llegaron á los umbrales del salon regio. Las macizas puertas permanecian cerradas, pero al descubrir los maceros al ilustre primogénito de Alburquerque abriéronlas de par en par rodando las doradas hojas sobre el sonante quicio. Descubrieron entonces al rey don Pedro sentado entre Juana de Castro y Aldonza Coronel, y recibiendo los homenages y las honras de una corte desenfrenada y juvenil. Hermosísimas jóvenes, lindísimos pages, complacientes dueñas formaban vasto círculo en derredor del monarca, cuyos ojos chispearon de curiosidad y alegría al descubrir á Benavides por encima del hombro de Alburquerque.

— Ahora bien, señor ministro, preguntóle, ¿dísteis con el asesino de Gonzalo-Gomez?

— Ni nunca podrá dar con él, señor, satisfizo con aire resuelto don Martin.

— Por vida tuya, respondió el rey, que no haces justicia á los sutiles talentos de Benavides. ¿Ignoras era el mas sabio de cuantos adornaban el consejo de la reina?... por esto le encargué buscar al asesino de su gallardo escudero.

— Pero hácese necesario saber, observó el de Alburquerque, si el acero que hirió á Gonzalo-Gomez fue efectivamente manejado por el brazo de algun asesino. En estos tiempos de disensiones y revueltas pudieran haberlo muerto defendiendo la propia vida, ó la de un amigo tal vez.

— ¡No!... esclamó la reina entrando en la regia estancia con desordenado semblante y los ojos encendidos de cólera: el matador de mi escudero es un vil, es un cobarde asesino... ¿os admirais? prosiguió reparando en cierta sonrisa sardónica de don Pedro y no pocos indicios de confusion en el semblante de don Martin, pues venid conmigo, reconoced el cadá-

ver, y notareis la herida en la espalda con todas las señales de una traicion baja é infame.

Al soltar estas espresiones con sobrado enojo creció el ruboroso abatimiento de Alburquerque, y convirtióse en vengativa la risita insultante del monarca. Como estaban presentes muchos ricos-hombres de Castilla, resolvió pillar desde aquel momento un hueco para sonrojar á su infeliz madre, sin consideracion á sus años, ni á que viviendo desde largo tiempo despreciada y solitaria tenia harta disculpa en no haber guardado todo el recato que debia á su propio nombre y á su esfera. Cabalmente volvióse esta señora á Benavides preguntándole con exaltado interés el éxito de sus averiguaciones, y habiéndole contestado que ni lo habian tenido ni esperaba lo tuviesen, descubrió un indiscreto despecho echándole insolentemente en cara que habia faltado á sus deberes.

— Esa reprension es injusta, satisfizo Benavides indignado del ultrage; es-

peraba por cierto una recompensa mas correspondiente al afan de sacrificarlo todo por V. A. aun cuando arriesgaba los bienes y la vida en semejante sacrificio.

— Ni os pedia tanto entonces, ni queria que os mostraseis en la actualidad tan flemático y prudente. ¿Ignoras, mal aconsejado hidalgo, que me han herido á mí propia en el mas antiguo y fiel de mis escuderos? Arrimad esa vara que no honrais, y á mi cargo dejaredes la indagacion de este negocio. ¿En qué ángulo de Sevilla se ha verificado la tragedia?

— A la vuelta del candilejo, junto al portal de cierta jóven de sospechosas costumbres que llegó de Toledo hace pocos dias.

— ¿Y no has mandado prender á esa infame y tenderla en el potro para arrancarla del cuerpo cuáles han sido sus cómplices?

— Hallábase cabalmente desde la mañana anterior en casa de una amiga suya donde ha pasado la noche. Sin embargo,

no solo me apoderé de su persona, sino de cierta carta del escudero que llevaba encima.

— Venga esa carta, interrumpió la reina ya del todo airada y frenética.

— Ahí está, señora, respondióla Benavides con aire de menosprecio, ahí está... pero advierto á V. A. que nada saca á en limpio de tal documento fuera de la inmoderada pasion de Gonzalo por la Cantarilla y de los celos que escitara á cierta dama...

— ¿Y la nombra? atajóle el rey con manifiesta malicia.

— No señor, pero se venga acusándola de vieja, impertinente y maligna, y asegurando á la manceba que el amor que la tiene sube por lo menos tanto...

— Eres un insolente, interrumpió doña María fuera de sí, un insolente, y desde ahora te mando que pongas un freno á esa lengua viperina.

— No, no, esclamó el rey sonriéndose al mismo tiempo que se pintaba ás-

pera desaprobacion en los semblantes de todos los barones y caballeros alli presentes; digo que Benavides habló con singular acierto, y que no es acreedor á semejante castigo. A nadie si no á mí quiero que entregues la carta. ¿Pero es verdad que no se trasluzca por ella el nombre de la discretísima dueña?...

— Repito que no se trasluce, repuso Benavides con indiferente calma, aunque es imposible que la Cantarilla lo ignore, y adoptando el medio del tormento que se me indicó hace poco...

— Ese hombre, interrumpió la reina, no hace mas que abusar con invenciones absurdas de nuestra crédula sencillez. Dijisteis, hijo mio, que si uniéndose á los enemigos de vuestra madre se atrevia á rehusarle una justa satisfacion de la afrenta de que se queja, mandaríaisle perecer en infame suplicio... pues reclamo desde luego la ejecucion de tal promesa.

— Concedíle no obstante la jornada para descubrir al matador.

— Pero V. A. sabe bien, observó don Martin sin ya poder contenerse, que por mucho que sea el campo que se le abra no ha de dar con los que cometieron semejante alevosía.

— Tal se muestra empero la voluntad de la reina, respondió don Pedro con hipócrita sumision. Ea, Benavides, concédote tambien el dia de mañana para que conduzcas ante mi madre el asesino con una soga al cuello y arrastrando pesadísimas cadenas. Tu recompensa ó tu castigo serán correspondientes al éxito de tal negociacion. Retírate: cuide el adelantado de acompañarte á tu propio tribunal con el decoro debido hasta que en vista de tus procedimientos pronunciemos de tu suerte.

La amarga ironía que se descubria en estas palabras hizo verter lágrimas á su infeliz madre, que, si bien culpable, no era digna de tan insolente tratamiento. Es comun opinion que el hombre jóven, en los raptos de impremeditada cólera, muestra su carácter sin rebozo, y rara vez con

desventaja suya; pero que cuando solo sirven estas violencias para poner en claro cierto deseo de venganza, incompatible con el *generoso impulso de la juventud*, preséntase al mundo como una escepcion de su propia especie, y anuncia á su siglo un genio sobradamente capaz de hacerlo desgraciado. Apenas creyendo los que presentes se hallaban á la escena que acabamos de describir que se hubiese convertido en persecucion dañina, en deseos de maliciosa ofensa la antigua gravedad de los Alfonsos y el denodado esfuerzo de Sanchos y Bermudos, dudaban si era en efecto el mozo que tenian delante el vástago precioso de tan clarísimos reyes. Disculpáranle algunos en razon á la necesidad de mostrarse justiciero; pero la especie de complacencia manifestada al levantar un poco el velo que encubria las flaquezas de su madre, inspirábales una desconfianza harto justa. Cuantos caballeros llenos de condecoraciones y canas se habian reunido en torno del trono real hubieron de sonrojarse á la vista de tan in-

digno envilecimiento. No que desconociesen la indiscrecion y el carácter algo vulgar de la reina, sino que no podrian dejar de comprender cómo no se apresuraba su hijo á tender su propio manto sobre sus disculpables estravíos. Conocian que doña María, en el mero hecho de querer valerse para su ensalzamiento del nombre del verdadero sucesor de don Alfonso, obrára de mala fé, que algunos grandes de su partido, llevados de impulso no menos ambicioso, quisieran convertir al infante en una especie de manequin que les sirviese de escudo, y que colocado don Pedro entre dos bandos distintos por naturaleza, aunque parecidos en el objeto, no era mucho que castigase á un tiempo mismo á los corifeos de uno y otro; pero ninguna de estas razones abogar podian por la insensible política, por el bárbaro deleite de desconceptuar y poner en ridículo á la reina. Notaron al disolverse la audiencia el aire sumamente abatido con que esta señora se retiró á su estancia, por lo que si antes inspiraba á todos

cierta indiferencia que lindaba con el desprecio, movíales nuevamente á compasion justísima y generosa.

Seguramente que la persona en quien mas impresion hicieron estas reflexiones fue el primogénito de Alburquerque, caballero el *mas cumplido de aquella edad* de aciaga y tenebrosa memoria. En vano las pesaba y las media por el deseo de hallar disculpable á su monarca: cuanto mas las meditaba, menos razon para disculparlo tenia. Nadie alcanzó como él á qué escándalo llegára el malhadado cariño de la reina por su fátuo y ambicioso escudero, ni mas ni menos que las fundadísimas quejas que formar podia el príncipe de su petulancia é insolencia; pero esto mismo era en su concepto un motivo de caballeroso perdon, sobre todo de parte de un hijo que en cierto modo acababa de arrebatar de sus manos el castellano cetro. Concluía no obstante para su propia tranquilidad, que satisfecho de la amarga leccion que con sobrada libertad habia dado á una madre, no solo se abstendria en lo

sucesivo de sonrojarla, sino que tomaria un rumbo mas correspondiente á las esperanzas que en él fundaban los buenos de ambas Castillas. Llevado de estas ideas, y sumamente satisfecho de la ilusion que acababa de lisonjearlo, apenas llegaron al último zaguan del alcázar adelantóse con Benavides, y díjole que no se mostrase tan abatido, que viviese en la persuasion de que respecto de él habia cesado la ojeriza del monarca.

— ¿Cómo creerlo, respondióle, cuando no respeta á las únicas personas que por su carácter y parentesco hallarse debieran á cubierto de sus iras?

— Os ruego que no lo juzgueis por lo que hasta ahora habeis visto: ignorais sin duda cuánto han contrariado su carácter naturalmente impetuoso para que podais penetraros de la especie de disculpa que lleva en sus juveniles furores. Conózcole mejor que vos, y sé que al darme orden de acompañaros quiso decirme que viese de disponer secretamente vuestra fuga. Huid, ilustre Benavides, y dejad á

mi cuidado las consecuencias de este negocio.

— ¿Y es posible que en medio de esa depravada corte se halle un jóven de tal suerte pundonoroso y reflexivo?

— No merezco esos elogios, pero deseára haber librado vuestras canas de los desaires y humillaciones que os han hecho sufrir, no menos que...

— Esos sentimientos me hacen venerar al rey en su consejero, y disculpar desde luego la eleccion que ha hecho en vos para atlante de esta combatida monarquía. ¡Pluguiese al cielo que al conferiros dignidad tan alta, ultrajado no hubiese á varon de carácter recio y rencoroso y altivo como el señor de Avendaño! Sabed que ya salió de Sevilla hirviente el pecho de envenenada cólera y concibiendo en su mente los mas bárbaros proyectos...

— ¿Y adónde ha ido?

— A Medina-Sidonia, fortísima villa de doña Leonor de Guzman...

— ¿Quién manda en ella?

— Don Alfonso Fernandez Coronel,

varon poderoso y valiente, el amigo íntimo del conde de Trastamara.

— ¿Luego existe una alianza terrible entre algunos grandes de estos reinos?

— Existe: reunidos teneis en Medina á don Tello y don Fadrique ademas de los nombrados, y estan por ellos los caballeros de Calatrava y de Alcántara, y ese desventurado vástago de los Cerdas, espantajo eterno para los monarcas reinantes.

— ¿Y llevareis á mal que os pregunte de dónde habeis adquirido estas noticias?

— Vuestro propio padre las participa á la reina. Leyónos esta señora el pliego en que le manifiesta los grandes obstáculos que halló para que reconociesen á don Pedro. Aquellos marciales ricos-hombres y potentísimos barones, cual si se avergonzasen de ser gobernados por un mozo barbilucio ó temiesen la mala índole de su condicion, resistiéronse casi abiertamente á proclamarlo, por manera que si algo consiguió de su fiereza el de Al-

burquerque fue prometiéndoles condecoraciones y empleos, ofreciéndoles en garantía sus mas bien murados castillos. Y mientras andaban en tal lucha y desconfianza, mientras casi á la fuerza sometíanse á las persuasiones de vuestro padre, ¡qué impresion no habrá hecho en ellos la llegada de don Lope, escapándose como por milagro de las manos de ese jóven insensato que lo llenó de dicterios!

— ¡Ah! ¡sobrado preveo las consecuencias de indiscrecion semejante!...

— Paréceme oirle proclamar que el de Alburquerque los engaña, que en vez de contar con un jóven de condicion generosa, solo cuenten con un dañino rapaz para quien es cosa de pasatiempo y juego ajar la honra de la hidalguía castellana...

— Me haceis temblar, Benavides...

— Y añadid á eso la animada pintura del odio que ha manifestado contra la de Guzman y sus hijos, el desprecio con que arrebató el cetro de las manos de su madre, el injurioso, el bárbaro tratamiento contra el gobernador de Sevilla y...

— El azar de que vais á reuniros con esos descontentos...

— Si tal hubiese sido mi designio, escapárame con el de Avendaño sin necesidad de arrostrar nuevamente las iras del rey don Pedro. No diré que pueda amar á un mozo tan falto de corazon y menguado de caletre, pero la justicia está por él, y á fuer de buen castellano sabré morir antes que serle desleal...

— Y yo, generoso Benavides, esclamó el ilustre primogénito estrechándolo en sus brazos, interponer mi pecho entre vuestra cabeza y su acero para que en ningun tiempo seais víctima de su precipitacion juvenil. Quiero ademas en obsequio de esa desinteresada lealtad, que sinceramente admiro, que guieis mi inesperiencia en situacion tan crítica. ¿Qué providencias juzgais oportunas para atajar el torrente de la rebelion?

— Ningunas...

— ¿Hablais de veras?...

— Absténgase de todo insulto, renuncie á toda accion que no pueda con-

vertirse en su elogio, é iremos ganando tiempo para adivinar el rumbo de los sucesos. Las circunstancias son graves, y la reina, cuyo carácter sobrado tarde conocí, no hará mas que poner nuevas trabas á la situacion notablemente crítica de los negocios.

— Yo os aseguro que no volverá á tomar las riendas del gobierno...

— ¡A Dios pluguiese!... por mi parte respondo de la tranquilidad de este pueblo como se me restituya la consideracion que se debe á mi importante destino.

— Pues sigamos por el mas público sendero, repuso tomándole de la mano, y permitid que os lleve como en triunfo á vuestro propio tribunal.

Y acompañados de una guardia de honor, siguieron entonces por las calles mas transitadas de Sevilla, pensando el uno los medios de descubrir al asesino de Gonzalo, y temiendo el otro que no saliesen fallidas las esperanzas que formaba aun en el carácter del nuevo rey. Entre tanto acudia el populacho á reparar sus inju-

rias respecto de Benavides, bien que ... trábase tan insensible el magistrado á sus clamores, cual desdeñoso anteriormente á sus ultrajes. Atravesaba con ademan indiferente aquella nube de vocingleras mugeres, de mozos cubiertos de andrajos, de viejos con sus revueltas barbas apoyados sobre báculos, por entre cuya muchedumbre sobrenadaban tambien algunos férreos capacetes, anunciando los hombres de armas de prepotentes barones. Y como eran á la sazon muy fáciles de entusiasmarse estas masas populares, iban siguiendo, segun hemos dicho, á nuestros héroes, presentando el mas acabado cuadro de la escasa civilizacion de aquellas edades, y una especie de mágico panorama de su caprichosa índole, fisonomía original y ardientes y turbulentísimas pasiones.

FIN DEL TOMO PRIMERO.